

843.89
A
1299
MARTA

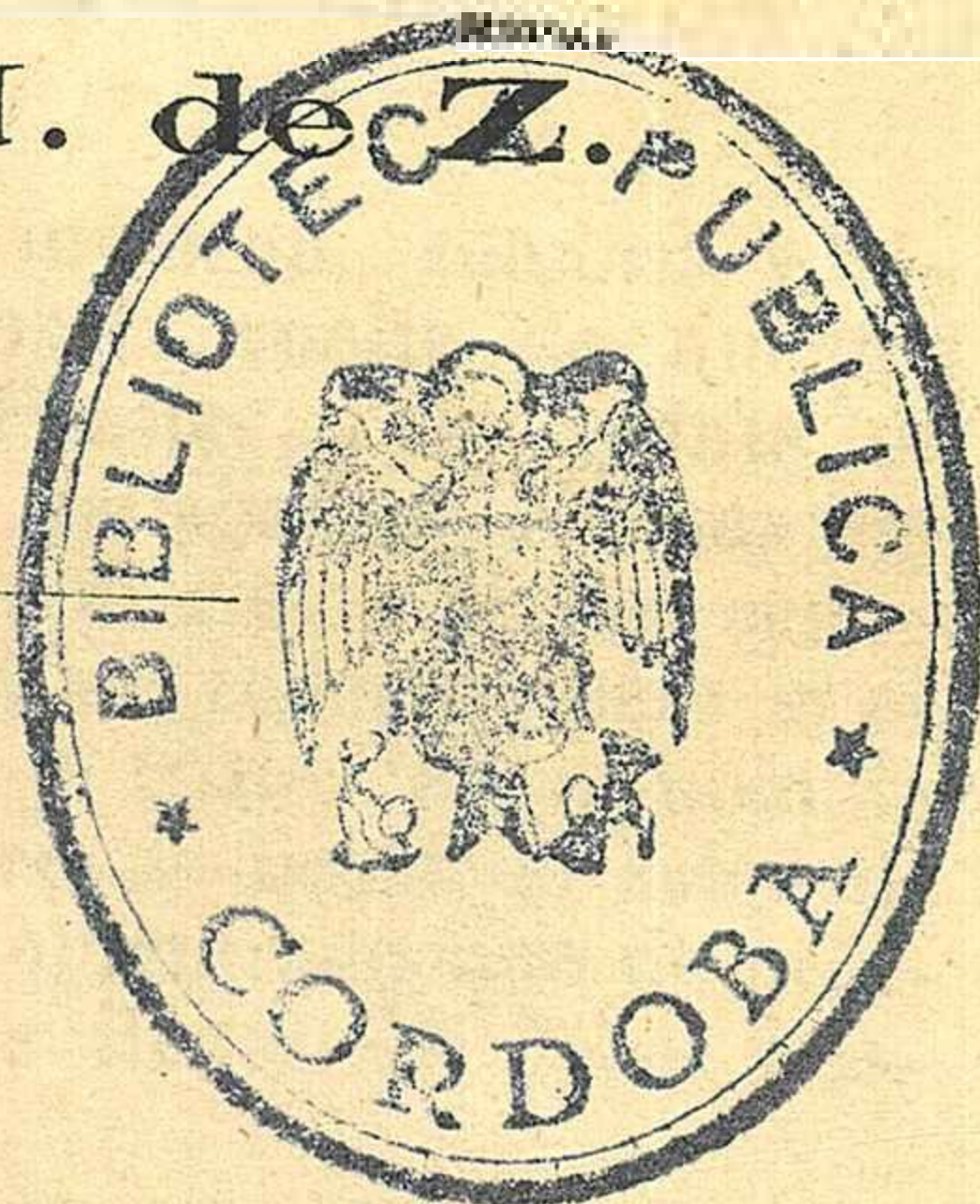
MARÍA.

NOVELA ESCRITA

POR MIGUEL AUBRAY,

traducida del francés por

M. M. de Z.



SEVILLA: 1878.

Imprenta y Lib. de los Sres. Izquierdo y sob.º
Francos 60 y 62.

R. 1568 (1)

AFAM

AIM

FOR MORE INFORMATION

505.14.12

3721. 617.17.02

Journal of Management Education 30(6)

1998, 1999, 2000, 2001, 2002, 2003, 2004, 2005, 2006, 2007, 2008, 2009, 2010, 2011, 2012, 2013, 2014, 2015, 2016, 2017, 2018, 2019, 2020, 2021, 2022, 2023, 2024, 2025, 2026, 2027, 2028, 2029, 2030, 2031, 2032, 2033, 2034, 2035, 2036, 2037, 2038, 2039, 2040, 2041, 2042, 2043, 2044, 2045, 2046, 2047, 2048, 2049, 2050, 2051, 2052, 2053, 2054, 2055, 2056, 2057, 2058, 2059, 2060, 2061, 2062, 2063, 2064, 2065, 2066, 2067, 2068, 2069, 2070, 2071, 2072, 2073, 2074, 2075, 2076, 2077, 2078, 2079, 2080, 2081, 2082, 2083, 2084, 2085, 2086, 2087, 2088, 2089, 2090, 2091, 2092, 2093, 2094, 2095, 2096, 2097, 2098, 2099, 2100, 2101, 2102, 2103, 2104, 2105, 2106, 2107, 2108, 2109, 2110, 2111, 2112, 2113, 2114, 2115, 2116, 2117, 2118, 2119, 2120, 2121, 2122, 2123, 2124, 2125, 2126, 2127, 2128, 2129, 2130, 2131, 2132, 2133, 2134, 2135, 2136, 2137, 2138, 2139, 2140, 2141, 2142, 2143, 2144, 2145, 2146, 2147, 2148, 2149, 2150, 2151, 2152, 2153, 2154, 2155, 2156, 2157, 2158, 2159, 2160, 2161, 2162, 2163, 2164, 2165, 2166, 2167, 2168, 2169, 2170, 2171, 2172, 2173, 2174, 2175, 2176, 2177, 2178, 2179, 2180, 2181, 2182, 2183, 2184, 2185, 2186, 2187, 2188, 2189, 2190, 2191, 2192, 2193, 2194, 2195, 2196, 2197, 2198, 2199, 2200, 2201, 2202, 2203, 2204, 2205, 2206, 2207, 2208, 2209, 2210, 2211, 2212, 2213, 2214, 2215, 2216, 2217, 2218, 2219, 2220, 2221, 2222, 2223, 2224, 2225, 2226, 2227, 2228, 2229, 2230, 2231, 2232, 2233, 2234, 2235, 2236, 2237, 2238, 2239, 2240, 2241, 2242, 2243, 2244, 2245, 2246, 2247, 2248, 2249, 2250, 2251, 2252, 2253, 2254, 2255, 2256, 2257, 2258, 2259, 2260, 2261, 2262, 2263, 2264, 2265, 2266, 2267, 2268, 2269, 2270, 2271, 2272, 2273, 2274, 2275, 2276, 2277, 2278, 2279, 2280, 2281, 2282, 2283, 2284, 2285, 2286, 2287, 2288, 2289, 2290, 2291, 2292, 2293, 2294, 2295, 2296, 2297, 2298, 2299, 2300, 2301, 2302, 2303, 2304, 2305, 2306, 2307, 2308, 2309, 2310, 2311, 2312, 2313, 2314, 2315, 2316, 2317, 2318, 2319, 2320, 2321, 2322, 2323, 2324, 2325, 2326, 2327, 2328, 2329, 2330, 2331, 2332, 2333, 2334, 2335, 2336, 2337, 2338, 2339, 2340, 2341, 2342, 2343, 2344, 2345, 2346, 2347, 2348, 2349, 2350, 2351, 2352, 2353, 2354, 2355, 2356, 2357, 2358, 2359, 2360, 2361, 2362, 2363, 2364, 2365, 2366, 2367, 2368, 2369, 2370, 2371, 2372, 2373, 2374, 2375, 2376, 2377, 2378, 2379, 2380, 2381, 2382, 2383, 2384, 2385, 2386, 2387, 2388, 2389, 2390, 2391, 2392, 2393, 2394, 2395, 2396, 2397, 2398, 2399, 2400, 2401, 2402, 2403, 2404, 2405, 2406, 2407, 2408, 2409, 2410, 2411, 2412, 2413, 2414, 2415, 2416, 2417, 2418, 2419, 2420, 2421, 2422, 2423, 2424, 2425, 2426, 2427, 2428, 2429, 2430, 2431, 2432, 2433, 2434, 2435, 2436, 2437, 2438, 2439, 2440, 2441, 2442, 2443, 2444, 2445, 2446, 2447, 2448, 2449, 2450, 2451, 2452, 2453, 2454, 2455, 2456, 2457, 2458, 2459, 2460, 2461, 2462, 2463, 2464, 2465, 2466, 2467, 2468, 2469, 2470, 2471, 2472, 2473, 2474, 2475, 2476, 2477, 2478, 2479, 2480, 2481, 2482, 2483, 2484, 2485, 2486, 2487, 2488, 2489, 2490, 2491, 2492, 2493, 2494, 2495, 2496, 2497, 2498, 2499, 2500, 2501, 2502, 2503, 2504, 2505, 2506, 2507, 2508, 2509, 2510, 2511, 2512, 2513, 2514, 2515, 2516, 2517, 2518, 2519, 2520, 2521, 2522, 2523, 2524, 2525, 2526, 2527, 2528, 2529, 2530, 2531, 2532, 2533, 2534, 2535, 2536, 2537, 2538, 2539, 2540, 2541, 2542, 2543, 2544, 2545, 2546, 2547, 2548, 2549, 2550, 2551, 2552, 2553, 2554, 2555, 2556, 2557, 2558, 2559, 2560, 2561, 2562, 2563, 2564, 2565, 2566, 2567, 2568, 2569, 2570, 2571, 2572, 2573, 2574, 2575, 2576, 2577, 2578, 2579, 2580, 2581, 2582, 2583, 2584, 2585, 2586, 2587, 2588, 2589, 2590, 2591, 2592, 2593, 2594, 2595, 2596, 2597, 2598, 2599, 2600, 2601, 2602, 2603, 2604, 2605, 2606, 2607, 2608, 2609, 2610, 2611, 2612, 2613, 2614, 2615, 2616, 2617, 2618, 2619, 2620, 2621, 2622, 2623, 2624, 2625, 2626, 2627, 2628, 2629, 2630, 2631, 2632, 2633, 2634, 2635, 2636, 2637, 2638, 2639, 2640, 2641, 2642, 2643, 2644, 2645, 2646, 2647, 2648, 2649, 2650, 2651, 2652, 2653, 2654, 2655, 2656, 2657, 2658, 2659, 2660, 2661, 2662, 2663, 2664, 2665, 2666, 2667, 2668, 2669, 2670, 2671, 2672, 2673, 2674, 2675, 2676, 2677, 2678, 2679, 26

MARTA Y MARÍA.

I.

En una noche de invierno, sombría y silenciosa, esperábamos la vuelta de nuestro primo Estéban de Presles á la quinta de Vermont, donde nos hallábamos. Ni una estrella se distinguía en el cielo, ni los caminos en el terreno que nos rodeaba: pero si el campo estaba oscuro y triste, en cambio la quinta tenía cierto aire de fiesta; el salon de invierno estaba mas alumbrado que de ordinario, y las jardineras llenas de flores frescas y odoríferas.

Aguardábamos todos con inquietud y hablabamos muy poco: cada uno se entretenia con su pensamiento. Mi prima Irene, adornada con profusion de cintas, iba y venia del corredor al salon con el aire de Diosa, mar-

chando sobre nubes, que acostumbraba tomar algunas veces. Mi abuelo la miraba con emocion, y mi tia la llamaba tiernamente su rosa de Mayo. Por lo que hace á mí, estaba metida en el hueco de una ventana, y fijos los ojos en el campo, donde debian brillar las linternas del carruaje, en que debia venir mi primo Estéban. Esperimentaba yo una alegria mezclada de turbacion y curiosidad, porque la llegada de este pariente era un gran acontecimiento. Hacia ocho dias que no se hablabá de otra cosa en Vermont; y yo habia visto hacer tantos preparativos, como si se tratara de recibir á un príncipe. La comida que se preparaba era digna de figurar en la mesa de un rey, y en la repostería habia muchas golosinas, que mi primo Luis iba á admirar en secreto: pero esta admiracion no tenia nada de platónica, porque yo le veia volver con la boca llena, y una vez se tomó la libertad de limpiar sus manos pegajosas en mi vestido de seda verde-mar, que era, hacia dos años, mi única gala.

Es de advertir, que por espíritu de imitacion yo me habia adornado tambien y peinado á la moda. Esta novedad divertia mucho á mi primito; y cuando yo salí de mi habitacion, Luis soltó una carcajada exclamando — María se ha peinado á la moda. — ¿Que graciosa que está?

— Y ¿por qué no ha de peinarse María á la moda? — preguntó mi abuelo — ella va á cumplir diez y seis años muy pronto, y ya no debe vestirse ni peinarse como una niña: yo la encuentro muy bien puesta.

—No lo creas—me dijo Luis á media voz—nuestro abuelo habla así, porque es muy bueno, muy indulgente: pero la verdad es que te pareces á un cigarron con ese vestido. Estéban va á decir, cuando te vea, que has llorado por estar vestida de ese modo.

—Luis—dijo mi tia la Sra. Denevre—no mortifiques á tu prima. Pero tú, María—añadió dirigiéndose á mí y mirándome con aire de compasion—¿me podrás explicar por qué estás puesta tan ridículamente?

—Para agradar al Príncipe Estéban—dijo Luis, volviendo á reirse—María; si el Príncipe tiene buen gusto se casará contigo.

Irene se sonrió: pero mi tia replicó con severidad:

—Pícaro, ¿cómo te atreves á dar semejantes bromas?

—Pero mamá—respondió él—creia yo que era permitido decir el Príncipe Esteban, hablando del Sr. Presles, porque vos misma, hablando algunas veces...

La madre le interrumpió enfadada—Acuérdate, niño curioso, de una cosa que te importa, y es, que te castigaré severamente, si faltas alguna vez al respeto á tu primo.

—¿Cuántos millones tiene? preguntó el niño terrible.

—Qué te importa?—respondió la madre.

—Qué nos importa á todos?—Dijo mi pobre abuelo—Rico ó pobre, el Sr. Presles será siempre bien recibido.

Luis guardó silencio: anduvo dando vueltas por la sala, y de pronto salió de ella. Entretanto Irene arreglaba con simetría los

juguetes de china que estaban sobre la mesa; escogía los papeles de música que habia de poner sobre el piano, y disponia las luces de manera que estuvieran bien alumbrados los tres ó cuatro dibujos que habia hecho, y que se habian puesto en marcos para este dia memorable. Mi abuelo habia tomado un periódico; mi tia miraba á su querida rosa de Mayo, y Estéban no venia. Sin embargo, no podia tardar, porque el tren debia haber entrado en la estacion, y los hermosos caballos negros de la Sra. Denevre no gastaban mas de un cuarto de hora en venir de la estacion á la quinta.

Yo tenia la frente apoyada en los cristales de la ventana, y espiando las luces rojas que debian aparecer entre la niebla, pensaba en el viajero cuya llegada causaba tanta agitación. Me decia interiormente, que debia ser muy bueno el hombre que se esperaba con tanta impaciencia; y que seria tiernamente amado el que se trataba de festejar con tantos preparativos. Sin embargo, no podia dejar de llamarme la atencion una circunstancia, y era, que no hacia mas que ocho dias que el Sr. Presles era el objeto de nuestras conversaciones: antes nos ocupábamos muy poco de él, y rara vez se hacia alusion á este querido primo, que ahora ponía en revolucion toda la casa. La primera vez que yo oí pronunciar su nombre, tenia ya diez años cumplidos. Mi tia, que acababa de recibir una carta, dijo delante de mí:

—Es el príncipe Estéban el que me escribe, y sin duda nos anunciará su próximo ca-

samiento... pero nó; me habla de cosas indiferentes. Sin embargo, su tío deseaba casarle allá... ¿por qué va esto tan despacio?

—¿Quién es el príncipe Estéban?—pregunté yo á Irene.

—Es el Sr. Presles, uno de nuestros primos—me respondió ella—Él no es príncipe por supuesto: pero mi madre le llama así por broma, porque él y su tío viven como grandes señores y tienen millones y esclavos.

Esta palabra—esclavos—sonó mal á mi oído. ¿Se parecería nuestro pariente á aquellos crueles Egipcios que tenían en esclavitud al pueblo de Israel; ó tal vez á los Babilonios, cuyos cautivos iban á llorar á las márgenes de los ríos? Esto me pareció tan probable, que no pedí mas esplicaciones. Por otra parte, yo no tenía la costumbre de hacer preguntas, porque se me respondía con poco agrado; y así es, que durante algunos años el Sr. Presles fué para mí un personaje fantástico rodeado de misterio. Solo cuando su carta fechada en el Havre nos anunció su próxima venida, fué cuando se dignaron decirme, que este primo millonario había nacido en la quinta de Vermont donde estábamos, y que desde la edad de diez años vivía en la Luisiana.

No olvidaré nunca la emoción que experimentó mi tía, cuando reconoció la letra de su pariente, y vió el sello de correo del Havre en aquella carta con sobre de luto. Al abrirla le temblaba la mano; la leyó rápidamente, y dijo á mi abuelo con la voz alterada:

—El tío de Estéban ha muerto; y él no se

ha casado: está en Francia de vuelta, y me anuncia que estará aquí dentro de pocos días.

—¿Cómo?—esclamó mi abuelo—¿el señor Gaston de Presles ha muerto? ¡Qué desgracia para Estéban, porque verdaderamente es un padre el que ha perdido!

—Sí—respondió mi tia—este querido niño amaba mucho á su tio: él ha tenido siempre muy buen corazon. Le creo desgraciado, y á lo menos él parece muy abatido: su carta conmueve. Irene va á leerla porque yo no podría hacerlo, estoy muy conmovida:

Mi tia tenia razon: la carta causaba lástima. Estéban decia al concluir la, que nuestro afecto era lo único que podia dulcificar su pena; que nos pedia un rincon en nuestro hogar, y el permiso de llorar en medio de nosotros.

—Que venga, que venga!—esclamó mi tia—sin duda Dios lo envia para salvarnos.

Estas palabras me conmovieron profundamente. ¿El Sr. Presles iba á salvarnos? ¿Por qué? ¿Qué peligro corriamos nosotros?

No me atrevia á dirigir estas preguntas á mi tia, ni aun á Irene, que teniendo tres ó cuatro años mas que yo, se daba respecto á mí mucha importancia. Pero, así que me encontré sola con Luis, le pregunté con toda franqueza, y él me respondió del mismo modo.

—Los millones del príncipe Estéban son los que deben salvarnos. Ahora los propietarios de fundiciones de hierro están muy inquietos, porque los negocios se encuentran en un estado muy crítico. Tú no sabes nada de esto, porque eres una niña ignorante: pe-

ro yo estoy al corriente de estas cosas: he oído una conversacion que mamá tuvo con nuestro abuelo, y he comprendido que el primo de América viene muy oportunamente para evitar una catástrofe.

—Ay Dios mio! ¿cuál?

—Yo no puedo decirlo precisamente, pero podian suceder cosas horribles. No tiembles, sin embargo, porque nos hemos salvado. El príncipe Estéban se casará con mi hermana, y gracias á sus millones, la fundicion, que cojea, marchará á las mil maravillas: pero no hables de esto á nadie. Es un secreto, y mamá ignora que yo he oído lo que decia á mi abuelo.

Lo que me habia dicho Luis en confianza, me alarmó mucho. Venia á reducirse, á que mi tia caminaba á su pérdida, y esto no podia menos de sorprenderme. Sabia yo que mi querido abuelo no tenia capital, ni yo lo tenia tampoco; pero mi tia pasaba por ser muy rica, y yo la creia á cubierto de las desgracias que habian turbado el reposo de mi venerable abuelo, y habian apresurado la muerte de mis padres. Cuando comprendí que esta mi querida tia estaba tambien perseguida por la suerte, pedí á Dios de todo corazon que dispusiera á favor nuestro la voluntad de Estéban: pero á pesar de todo lo que me dijo Luis, no tuve mucha confianza en la fortuna de este hombre desconocido.

—Mamá—dijo Luis—la hora de comer hace mucho tiempo que ha pasado. Si el príncipe... si el Sr. Presles, queria decir, no viene esta noche ¿nos quedaremos plantados toda la noche?

Mi tia movió la cabeza, hizo un gesto, miró el reloj, y no respondió una palabra.

En este momento dije yo á mi tia—veo una luz en el camino, y tal vez será nuestro primo que llega.

—Nó—respondió Luis—es la linterna de un obrero de la fábrica. Esa luz está en el camino del bosque, y no en la carretera: pero, mamá, os ruego que prohibais á María decir—nuestro primo—hablando del Sr. Estéban. El no es primo de María.

—¿Por qué—pregunté yo—no sería tan primo mio como tuyo?

Mi tia se encogió de hombros, y sus hijos se miraron riéndose irónicamente. Comprendí entónces que habia dicho una tontería. Mi tia la Sra. Denevre, la viuda de mi tio, habia entrado en mi familia por su casamiento, y la suya me era absolutamente extraña: pero yo habia oido decir y repetir—mi primo Estéban, nuestro primo Estéban—y yo decia sencillamente lo mismo. Yo no tenia la costumbre de profundizar las cosas; las tomaba de ordinario, como se presentaban. Mi abuelo decia, que yo no tenia el talento del análisis, y mi tia aseguraba sin rebozo que yo carecia de inteligencia. Yo misma me tenia por torpe, porque no me habian enseñado á andar por el camino de la vida.

Luis tenia razon; la luz que yo habia visto era la linterna de un obrero de la fábrica. Cuando desapareció, mi abuelo volvió á tomar su periódico; Irene se acercó á un espejo á arreglar sus cintas; mi primo volvió á la repostería con un paso suave, y yo fijé mis ojos

en un retrato del Sr. Presles, que le representaba, cuando era niño.

Este retrato era uno de mis juguetes favoritos, cuando yo era una niña pequeña. Entonces estaba arrumbado en los graneros; yo lo habia descubierto, y me gustaba tanto como las muñecas de Irene. Entonces no podia yo suponer que esta antigua pintura era el retrato del hombre de los esclavos y de los millones. Así, no fué poca mi sorpresa, cuando ví á la Sra. Denievre correr al granero, cuanto leyó la carta del Havre, tomar el retrato del niño, limpiarle el polvo y llevarlo á la sala como si fuese una cosa preciosa. En un momento la tal pintura fué restaurada, barnizada, puesta en una magnífica moldura, y colocada en la testera del salon de recibo.

Al verlo mi prima Irene, estuvo examinándolo atentamente; y despues le preguntó á su madre, qué edad tendria el Sr. Presles, cuando se hizo aquel retrato. La madre le contestó, que podia tener cinco años, y que ella era entonces tambien una niña.

—¿Cómo—dijo Irene—mamá ¿no estábais casada todavía? Luego nuestro primo debe ser viejo.

—¿Viejo, Estéban?—¿qué dices tú hija mia? El no tiene más que.... veamos.... cinco y diez son quince: quince y diez y siete... tendrá treinta ó treinta y dos años, si es, que no tiene veinte y ocho.

—Si, veinte y ocho, mamá—volvió á decir Irene—con alegría—me acomoda, que nuestro primo no tenga más que veinte y ocho años.

—Esa debe ser su edad—dijo la madre, que no queria contrariar á su rosa de Mayo. —Este querido primo—continuó—era muy jóven, cuando su tio lo llevó á Nueva-Orleans. No creia yo que tendríamos el gusto de volverle á ver, porque el tio habia manifestado la intencion formal de casarlo allá y dejarle su inmensa fortuna. El pobre Sr. Gaston habia perdido en poco tiempo á su mujer y á un hijo, que era el único que tenia, por lo que los médicos le aconsejaron que volviese á Francia á fin de distraerse. Así que él vió á Estéban, que mi querida madre criaba por caridad, le tomó cariño, fundado tal vez, en que llevaba el mismo apellido de Presles, y le propuso llevarle á los Estados-Unidos. El jóven aceptó y partieron para América. Como yo creia no volver á ver á este pariente, no conservé con él ninguna correspondencia. Me escribió tres ó cuatro veces; pero yo no cuidé de contestarle, porque cuando hay niños pequeños está una tan ocupada, que olvida hasta los deberes de la amistad. Viendo que yo guardaba silencio no volvió á escribirnos, y yo le creia casado en América hacía mucho tiempo, cuando recibí su carta ahora ocho dias.

—Tia, ahí está el carruage—exclamé yo—ahora no me engaño.

La Sra. Denievre se acercó á la ventana atravesó despues la sala con precipitacion y la vi acercarse al vestibulo. Mi abuelo salió á su vez pausadamente, y yó me quedé sola con Irene, que vino á apoyarse en mi hombro. Yo le tomé la mano y se la apreté amis-

tosamente. Era su prometido el que íbamos á ver, y yo participaba de la emocion de mi querida prima. El carruaje entró en el patio: el cochero abrió la portezuela, y un hombre jóven todavia bajó con alguna lentitud, como si estuviese entumecido por el frio.

—Calla!—me dijo Irene sorprendida—¿no trae criado?

Un momento despues entraba Esteban en el salon acompañado de mi tia y de mi abuelo. Detrás venía Luis dando saltos y brincos.

—Mi querido primo, esta es mi hija: mi dulce Irene—dijo la Sra. Denievre, atrayendo al viajero hácia la jóven.

Esta, siempre conmovida no levantó los ojos del suelo; y el Sr. Presles un poco admirado de este recibimiento saludó sin atreverse á darle la mano.

Mi tia hizo á Irene una señal para escitarla á parecer más alegre, y despues dijo, escusándola:

—Pobre niña! es tan timida!

El Sr. Presles tartamudeó algunas palabras de atencion y despues vino á saludarme.

—La señorita María Vandelans mi sobrina—le dijo la Sra. Denievre: y con el objeto de que desde luego Esteban conociese la diferencia que habia entre Irene y yo —agregó en voz baja—una pobre huérfana criada en esta Quinta por caridad.

—Es una tradicion de familia—mi querida prima—replicó el Sr. Presles en el mismo tono de voz.

Él habia sido tambien criado en Vermont por caridad.

—Señorita—me dijo—he conocido mucho á vuestra madre, que no tenía más que yo sino dos ó tres años, y se me permitía tomar parte en sus juegos. ¿Puedo esperar, que esto os incline, á no considerarme como un extraño?

—Yo no os he considerado nunca como un extraño, caballero; y apenas hace una hora, que sé que no sois mi pariente—le dije yo de pronto y sin reflexionar.

Mi tia asombrada de mi atrevimiento me miró, como para encargarme que imitase la reserva y el silencio de Irene. Yo me ruborizé, y el Sr. Presles me respondió graciosamente.

—¿Creeis, señorita, que no hay entre nosotros ningun lazo de parentesco? Se me ha dicho siempre, que la familia de vuestra madre y la mia han sido unidas por muchos casamientos.

—¿No somos todos primos y primas?—saltó diciendo Luis.

Me pareció que mi tia tuvo la intencion de corregir severamente á su niño mimado: pero aplacada por la mirada y la sonrisa, que le dirigió el viajero al niño, ella se contentó con decir:

—Es exactamente vuestro retrato Estéban: tan travieso, como lo erais vos cuando teníais su edad.

En seguida acercó un sillón á la chimenea, para su querido primo; y todos nos sentamos alrededor. El Sr. Presles parecia contento de hallarse en medio de nosotros y nos miraba afectuosamente. Por mi parte, no me atrevia

á mirarle, por que me causaba respeto: su rostro demostraba haber tenido pesares; sus facciones, aunque irregulares, eran agradables, y su estatura mayor de la ordinaria, y desembarazada.

—Pobre primo!—dijo mi tia—debeis estar muy cansado.

—No—respondió él—lo que me ha incomodado es el frio. Por otra parte, el placer de encontrar una familia, despues de haberme quedado solo, y de haberme separado de aquel, que llamaba mi padre, me haria olvidar fácilmente un ligero cansancio.

—Mí querido Esléban, vuestra familia tiene tambien mucho placer en volveros á ver: pero ¡qué viage! ¡qué travesía, y en qué estacion!

—Sí--replicó él—mi viage no ha sido agradable; pero me hallaba tan triste despues de la muerte de mi tio, que me embarqué lo más pronto que pude, sin ocuparme del tiempo y de la estacion; y ciertamente no lo siento—agregó mirándonos amistosamente.

—Me atrevo á asegurar—dijo mi tia,—que no sentireis nunca haberos acordado de nosotros. Haremos cuanto podamos, para hacerlos olvidar vuestras penas; os pagaremos afecto con afecto, y sereis el hermano de mis hijos. No temo más que una cosa, y es que la soledad en que vais á vivir con nosotros os parezca demasiado triste.

—Nada de eso, Sra., la soledad agrada á los corazones lastimados; y no es en medio del mundo, donde se puede llorar libremente. Si hubiéseis conocido al amigo, al padre que

acabo de perder, comprenderíais que mi consuelo es recordar su bondad y sus virtudes: y que todo lo que me distrajera de estos recuerdos, no haría más que aumentar mi sentimiento.

—Pero mi querido Estéban, he tenido la satisfaccion de ver á vuestro tio; era yo muy jóven aún, y sin embargo he podido hasta cierto punto apreciar su mérito.

—¿No es verdad, señorita, que él era la bondad personificada?—Dijo Presles con voz conmovida—El pasó su vida haciendo bien: sus conciudadanos le amaban y le veneraban: todos le han llorado y su muerte fué un duelo público. Ved Sr., vos que sabeis inglés—agregó, dando un periódico á mi abuelo—ved los patéticos discursos, que se pronunciaron sobre la tumba de este hombre de bien.

—Pero Irene sabe tambien el inglés—dijo mi tia—y ella es la que vá á traducirnos el elogio del Sr. Gaston. Toma el periódico hija mia.

La jóven obedeció, y nosotros la oíamos atentamente, cuando mi tia, admirada exclamó:

—¿Qué dices tú niña? Tu improvisas.

Irene se sonrió de un modo, que me pareció extraño y respondió—no mamá, no improviso; traduzco á la letra.

—Entónces ¿qué significa esto?

—¿El qué, Sra? dijo Estéban.

—Esta jóven consorte y este niño pequeño, de que se habla en el elogio fúnebre del señor Presles.

—¡Ay, prima mia! esa jóven consorte es

su viuda, y ese niño es su hijo, un pobre huérfano, que apenas tiene seis meses.

—¿Con que el Sr. Presles estaba casado? —exclamó mi tia con un tono de asombro.

—Sí, señora, estaba casado hacia dos años, cuando la muerte vino á sorprenderle. ¿Lo ingorábais?—agregó Estéban cuya mirada se puso sombría, fijando los ojos en la señora Denievre, y sonriendo con amargura.

—Mi querido Estéban—le dijo mi abuelo—este casamiento ha debido desconcertaros.

—No, señor, era un acontecimiento que yo habia previsto, esperado y preparado; y que hubiera querido. En efecto, el Sr. Presles no se hubiera casado con esa jóven, que hoy le flora, si yo hubiera consentido en casarme con ella como él deseaba; pero yo no podia resolverme á establecerme allí tan léjos de mi país natal!

—El señor Presles debia ser muy viejo—murmuró mi tia con un aire distraido y preocupado.

—Tenia doce años más que yo, señora.

—Pero su casamiento no le hizo olvidar sin duda, que habia escogido un heredero; y ha debido legaros por su testamento.

—Mi tio no hizo testamento—dijo con frialdad Esteban.

Todos callaron, y puede ser que este silencio hubiera durado mucho tiempo, si no se hubiera venido á anunciar, que la comida estaba servida. El señor Presles iba á ofrecer su brazo á mi tia; pero ella salió de prisa, y Esteban llevó á Irene al comedor.

Algunos minutos antes habia yo visto á

Luis escaparse hácia el comedor y adivinando que iba á la repostería, fuí á buscarlo, para economizarle una reprension. Al pasar cerca de la cocina, oí á mi tia, que decia:

—Volved á la bodega los vinos, que hice poner en este canasto, y que se reserve para mañana el segundo servicio; basta con el primero. Que los postres sean sencillos, frutas y algun dulce. Nada de extravagancias. Victorina ¿quién te ha permitido ir á coger las flores? ¿No dirian que ibamos á obsequiar al Presidente de los Estados Unidos?

II.

Aunque yo tuviera cerca de diez y seis años, cuando Esteban vino á Vermont no era entonces mas que una niña ignorante y mal criada. Todos se quejaban de mí y me trataban desdeñosamente. Los criados decían por lo bajo, que yo era insoportable, y mi tia decía en voz muy alta, que mi carácter, talento y mi rostro eran poco mas ó menos lo mismo; ó en otros términos, que yo no tenía ni los encantos, ni las gracias de la juventud. A mi edad era bien triste oír sin cesar, que yo no era ni linda, ni buena, ni inteligente: pero creyendo yo, que era verdad lo que decían, y que no podía corregir la obra de la naturaleza, vivía en paz con mis defectos y mi fealdad, dejando, que aquellos y esta se desarrollasen libremente.

—Pobre niña!—decia mi tia—¿que será de tí, cuando yo no exista, ó no estés á mi lado? Nadie querrá sufrirte.

Por habituada, que yo estuviese, á oír esta sentencia, no dejaba de causarme un verdadero terror. Conocía, que era muy triste no tener persona allegada á mí, no inspirar mas que antipatía, y no poder vivir mas que á costa de otros. La perspectiva del aislamiento moral, á que estaba condenada, y el sentimiento profundo, que tenía de mi nulidad agriaban cada vez mas mi carácter. Mis defectos, mi torpeza, mi ignorancia y mi fealdad hacían un extraño contraste con la gracia, el talento y la belleza de mi prima Irene. — ¡Que diferencia entre estas dos niñas! — decía la Sra. Denevre — y sin embargo han recibido la misma educacion!

Y esto era verdad. Durante diez años el aya de Irene me habia dado lecciones. Esta aya era una persona bien parecida y tenia el aire imponente: era tambien desdeñosa, y aunque no fuese de mucha estatura, me parecia, que sus miradas caian sobre mí de mucha altura. Era buena para mi prima, cuya educacion le hacia honor, y me trataba á mí bastante mal. Segun ella, era yo uno de los caracteres mas tercos, y así temblaba yo, cuando llegaba la hora de la leccion. Despues de haberse ocupado seriamente de Irene, me hacia preguntas con distraccion, y yo le respondía cortada y asustada. Entonces se encogía de hombros, echaba una mirada sobre mis cuadernos, y concluía diciendo, que yo tenía la cabeza muy dura.

Cuando terminó la educacion de Irene, se despidió, diciéndome:

— Haz zurcidos María; no pienses mas

que en coser y remendar. Este debe ser tu estudio y tu filosofía. Otra cosa está muy alta para tí, y perderias el tiempo.

Esta aya era muy buena muger en el fondo, y sin embargo ella fué la que me hizo desconfiada y salvage, y persuadió á todo el mundo en general, y á mí en particular, que me faltaba del todo la inteligencia.

Una sola persona en Vermont era la que dudaba de mi falta de talento; mi abuelo. Decia que los primeros frutos de un árbol no eran los mejores, y que valía mas, que yo fuese un poco tardía. Así es que yo le quería mas que á todos juntos, y no tenía mas placer, que hablar con él: pero esto no podía conseguirlo tanto como yo lo apetecia. Era todavia un hombre robusto, y desde que habia perdido sus bienes, administraba los de mi tia, su nuera, y le era muy útil. Debo agregar, que ella le demostraba tanto afecto como deferencia, y que se les hubiera podido graduar como un padre y una hija. Tal era su union y armonía.

La venida de Esteban no modificó nuestras costumbres, ni las alteró en cosa alguna. Desde el dia siguiente á su llegada, volvimos á ocuparnos de nuestros respectivos quehaceres.

Pero el peligro ó la desgracia, de que me habia hablado Luis, se presentaba á mi imaginacion inminente y terrible en su oscuridad misteriosa. Despues de haber dudado mucho, yo hablé aparte con mi primo, preguntándole, qué iba á ser de nosotros, ahora que Esteban era pobre tambien, y no podia salvarnos.

—¡Oh!—me respondió—no te inquietes. La situación no es tan desesperada, y Mamá dice, que saldremos fácilmente de este mal paso.

—Pero ¿de qué manera?

—Muy fácilmente, Esteban que ha vivido en Vermont hasta la edad de diez y seis años, y que ha estudiado muy bien las cuestiones metalúrgicas, va á estar muy pronto en estado de sustituir al director de la fábrica. Tu sabes, que este último quiere retirarse.

—Pues ¿qué, Esteban consentiría en reemplazar al Director?

—Seguramente, y que Mamá dice, que de ese modo tendrá una buena colocación.

—Y esto ¿mejorará los negocios?

—Mucho: en primer lugar Esteban no recibirá sueldo; tendrá solamente una parte en las utilidades.

—¿Qué utilidades? ¿No me has dicho que en este tiempo de crisis...?

—Es verdad. Ahora las pérdidas son mayores que las ganancias: pero las cosas mejorarán, cuando Esteban sea nuestro asociado.

—¿Vuestro asociado? ¿él que no tiene fortuna?

—¿Que sencilla eres? Por que nuestro primo no haya heredado á su tío Gaston ¿crees que ha vuelto con las manos vacías? Habiendo pasado diez y seis años al lado de un tío millonario, es natural que tenga sus ahorros: y en efecto él tiene un buen bolson y vá á prestárselo á Mamá.

—Me alegro ¡que bueno y generoso es!

—Pero mi madre también es generosa.

Quiere tratar á Esteban como hermano, y al efecto ha hecho preparar en la fábrica un buen departamento, él tendrá tambien un caballo y un cabriolé. Cuando haga buen tiempo vendrá á comer aquí, y en los dias malos lo hará en la fábrica.

—¿Hablas tú sériamente? ¿Esteban irá á habitar en la fábrica? ¿en esta casa oscura, triste y sin sol?

—Y ¿por qué no? En esa casa sin sol es donde ha pasado los dias de su primera juventud.

—Pero, Luis, piensa, que despues de ese tiempo ha vivido él rodeado de un lujo, de que no podemos formar idea ¿como quieres que él, que estaba servido por esclavos?

—¿Que dices! Ya hace mucho tiempo que sus esclavos andan por donde quieren. ¿No los han emancipado á todos los Iankis?

—Pero aunque sea así; es triste para Esteban...

—Te engañas: Esteban no está triste: al contrario, está muy conforme. Como no le gusta la ociosidad, se entregará con gusto á un trabajo constante. Estas son sus propias palabras.

A pesar de todo lo que decia mi primo insistí en compadecer á Esteban. Mientras mas pensaba en ello, me parecia, que su plaza no era la fábrica, viejo y sombrío edificio, oculto en un terreno húmedo y frecuentemente inundado. Al pasar por delante de las habitaciones, que Esteban ocupaba en la Quinta, vi todas las puertas abiertas, y maletas y cajas en disposicion de ser transporta-

das. Se pensaba ya pues, en su translacion á la fábrica, y esto me entristeció. Bajé muy pensativa al comedor, y vi que Esteban estaba allí hablando tranquilamente, y aun con mas gracia que de ordinario: pero si sus maneras eran afables, estaban tambien llenas de dignidad y nobleza.

Mi tia, ocupada de sus deberes de ama de casa, hablaba muy poco durante la comida. Irene estaba taciturna. Luis charlaba á diestro y á siniestro, y Esteban se entretenia con mi abuelo, dirigiendo alguna vez la palabra á su linda prima. En mi inteligencia, Esteban daba mucha importancia entonces á la amistad y á la confianza de Irene: pero ella recibia sus atenciones con suma frialdad.

Despues de haberse hablado de muchas cosas, Esteban dijo á mi abuelo.

—No me habeis hablado todavía de uno de vuestros vecinos, cuyo conocimiento deseo conseguir; el Sr. Baron de Tressol.

—Antes que mi abuelo contestara, se adelantó Luis y dijo:

—El Baron Juan Carlos de Tressol rico como Creso, valiente como Artaban, caballeresco como D. Quijote, caritativo como San Martin; el personaje mas importante del pais, el mas sábio, un filósofo práctico desengañado de las vanidades del mundo; y que no quiere que los demás sean jóvenes, despues que él no es.

Mi tia le miró con suma amabilidad, como diciendo ¡que talento tiene este chico! Mi abuelo dirigiéndose á Esteban le contestó:

—Teneis razon en desear conocer al Baron

de Tressol; es un hombre excelente, y que merece todos los elogios, que os han podido hacer de él. En la actualidad estamos en pleito: pero esto no impide, que le hagamos justicia. Es muy rico, en efecto, y los pobres lo saben bien.

—Y tambien lo sabe el Sr. de Condat,— agregó Luis.

—¿Teneis la idea de hacer una visita á ese viejo Baron?—preguntó mi tia á Esteban.

—Si, señora: estoy en relaciones de amistad con un primo del Sr. de Tressol, y he prometido á mi amigo, que habita en Nueva-Orleans darle noticias de su venerable pariente... Digo venerable, por que he creido comprender, que el Sr. de Tressol no es jóven hace bastante tiempo.

—Tenemos poco mas ó menos la misma edad—replicó mi abuelo—y tenemos tambien la misma salud y robustez. Pero—agregó, mirando á Irene á Luis y á mí—tengo yo un consuelo, que no tiene mi buen vecino: vivo bajo el mismo techo que mis queridos nietos, y ellos han crecido á mi vista. Este pobre Baron por el contrario está separado de los hijos de su hija, que murió muy joven, y su yerno reside en París, donde acaba de contraer su segundo matrimonio.

—Pero el Sr. de Tressol no está solo y abandonado—indicó mi tia—tiene amigos.

—Que se lo comen—interrumpió Luis.

—Lorito—le preguntó mi abuelo ¿á quien le has oido tu decir eso?

—A todo el mundo, abuelito.

—Es verdad,—replicó mi abuelo,—que la

calumnia persigue con encarnizamiento á los señores de Condat, los huéspedes del Baron.

—El primo del Sr. de Tressol no me ha hablado de ellos—observó Estéban.

—Eso se explica fácilmente—respondió mi abuela—lo mas que hará que el Sr. de Condat ha venido á fijarse en Tressol con su hija, serán cuatro ó cinco meses.

—Estos desconocidos—agregó mi tia—han llegado un dia sin meter ruido, y se han instalado en el castillo del Baron. Muy hábiles serán los que puedan desalojarlos, porque se han apoderado del espíritu del propietario, y lo llevan por donde quieren. Y ¿cuál es el motivo de esta intimididad? No se sabe: es un misterio. La jóven le llama su padrino. Y ¿es un motivo suficiente para desafiar á la opinion pública? Porque es desafiarla, recibir en su casa personas, acerca de las cuales corren ciertos rumores....

—Ah, prima mia,—interrumpió Esteban sonriéndose—nadie está seguro de que le tomen en boca, y vuestros amigos no se atreverán á pedir os hospitalidad, si teneis tanto miedo á la calumnia.

—Primo—respondió con acritud mi tia—os haceis el defensor de estos forasteros, sin saber lo que se les imputa.

—Mamá—dijo Luis—los trabajadores de la fábrica dicen, que el Sr. de Condat tiene una cara, que no agradaria encontrarla de noche en un camino desierto.

—Pero es horrible, lo que dice este niño, exclamó mi abuelo—la verdad es mi querido Estéban, que el huésped del Baron parece

consumido de tristeza. Jamás se le ve sonreírse; no habla á nadie, huye de la sociedad; y esto basta para dar pábulo á la calumnia. Es necesario conformarse con la generalidad de las gentes, cuando se habita en el campo. Aquí no gusta la singularidad, y cualquiera, que se distingue por ella es juzgado desfavorablemente. Pobre de aquel, que como el Sr. de Condat no gusta de la publicidad en sus acciones. Al momento se supone, que el que se oculta, no obra bien.

—Pero, abuelito—volvió á decir Luis—el Sr. de Condat sale algunas veces, y dicen, que algunos dias está paseándose desde por la mañana hasta la noche. Verdad es que busca los parages mas solitarios, y si encuentra á alguien trata de tomar otro camino: si se le saluda responde apenas y como asustado: si se le mira, cambia de color y su mirada parece amenazadora.

—Su hija se le parece mucho—dijo Irene—no quiere ver á nadie, no hace ni recibe visitas.

—Te engañas, hija mia—respondió mi abuelo—no hay una choza en todas las inmediaciones, que la Srta. de Condat no haya visitado.

—Abuelito, no es eso lo que yo queria decir; sé muy bien que esta señorita se ocupa mucho de los pobres; pero...

—Es un ángel de bondad—interrumpió mi abuelo—yo la considero como el instrumento de que se vale la Providencia divina. Ella va á sentarse á la cabecera de los enfermos; instruye á los niños; distribuye las limosnas del

Sr. de Tressol, que es muy caritativo, y hace el bien sin ostentacion...

Entre tanto que se hablaba de este modo, reunia yo mis recuerdos, y me acordaba haber visto dos ó tres veces la buena y amable jóven que era el objeto de la conversacion. Estos encuentros casuales habian dejado en mi espíritu una impresion agradable, aunque habia ignorado hasta este momento que aquella jóven fuese la señorita de Condat. Me gustaba pasar cerca de ella, ver su gracioso rostro, su dulce mirada, su sonrisa melancólica: pero nunca habia pensado preguntar su nombre. ¿Para qué? Yo la hubiera distinguido siempre entre mil, y no tenia necesidad de darle un nombre. Era yo muy poco curiosa respecto á los nombres de las personas, y hasta ignoraba los de nuestros vecinos. Reconocia tal arrendador de mi tia por el modo con que estaba vestido, y á tal otro por el tiro de sus caballos; y mientras que mi prima sabia hablar con ellos, yo pasaba á su inmediacion muda é indiferente. Tanto me ocupaba de las personas que pasaban junto á mi, como de las que estaban á cien leguas. No tenia yo con ellas relacion ninguna, porque los pensamientos y las aspiraciones que me ocupaban, eran muy diferentes de las que tenian los demás.

—Se podria creer, que la pobre María es sonámbula, ó que viene de los antipodas—decia mi tia con aire de compasion—Ignorante, como es, de las cosas mas sencillas, ella mira á todos como asustada.

Y esto era verdad: desde que yo salia de

mi rincón, me parecía á una ave nocturna espuesta á los rayos del sol. Todo era para mí una dificultad y un tropiezo; y como yo no preguntaba jamás, ni buscaba por mí misma la esplicacion, la causa y el motivo de todo aquello, que me chocaba; juzgando únicamente con ligereza; tenia lleno mi entendimiento de ideas falsas, y como decia Luis, veia el mundo al revés.

III.

Para que Estéban hiciese su visita al Barón de Tressol, exigió mi tia que fuese en su carruaje con el magnífico tiro de sus hermosos caballos, á pesar de que Estéban hubiera preferido ir á pié, supuesto que no habia mas que una legua de distancia, ó á lo menos tomar el cabriolé, que se habia puesto á su disposicion: pero la Sra. Denevre habia hablado con énfasis de los millones de su primo, y aspiraba á sostener su idea, aunque fuese á su costa.

—Mi querido Estéban—le dijo, cuando iba él á subir en el carruaje—os hemos explicado el motivo de nuestro pleito con el Barón de Tressol. Nos disgusta litigar con un hombre tan apreciable, y de consiguiente espero, que le direis, que si consiente entrar en transaccion conmigo, me encontrará perfectamente dispuesta.

El Sr. Presles prometió encargarse del negocio y se fué á casa del Barón por la tarde, volviendo á la noche con la cara bastante alegre.

—Al parecer, venís muy contento de vuestro viaje—le dijo mi tia.

—Sí,—respondió él—me felicito de haber conocido y entrado en relaciones con un hombre muy distinguido, y tengo el gusto de deciros, que el Baron desea, tanto como vos, tratar la cuestion amigablemente.

—¡De veras!—esclamó mi tia.

—Sin la menor duda, prima, y supuesto que me habeis querido encargar este asunto, prometo desempeñarlo con el mayor cuidado.

—Primo,—preguntó Luis—habeis visto á los huéspedes del Baron?

—Sí; durante algunos minutos.

—Y ¿cómo los encontráis? ¿qué impresion han hecho en vuestro espíritu?

—Mi querida prima—respondió Estéban,—confieso que vuestra pregunta es difícil de contestar. No tengo bastante perspicacia para juzgar á las personas á primera vista. Me parece que el Sr. de Condat es un hombre reservado, silencioso, y que sufre alguna desgracia. Esto es lo que yo conjeturo, aunque nada afirmo. Respecto á su hija la señorita Marta; apenas he oido el sonido de su voz. Todo lo que sé de ella es, que parece seria y de carácter dulce. He notado, sin embargo, una cosa, que prueba su mucha sensibilidad. Habiéndose hablado del rigor del invierno, y pintando el Baron la miseria en que se encontraba una familia de la vecindad, los ojos de la jóven se llenaron de lágrimas.

—Abuelito—dijo Luis, siempre de broma

—María me está diciendo, que los cocodrilos lloran. ¿Es esto verdad?

—¿Cómo?—dije yo asombrada?—he dicho yo?...

—Eres muy capaz de haberlo dicho—replicó severamente mi tia—tienes un corazón de mármol; nada te interesa, nada te conmueve.

Desconcertada y sorprendida, no tuve la fuerza de decir que yo no habia abierto la boca; y Estéban, despues de haberme mirado con asombro, dijo, como si se dirigiera á mí:

—Si yo no he hecho mas que ver por poco tiempo á los huéspedes del Baron, en cambio, este me ha hablado mucho de ellos. Me ha hecho su elogio con un calor y una conviccion, que me han conmovido.

Dichas estas palabras, nos separamos hasta la hora de comer.

El Baron fué á pagar la visita á Estéban en la fábrica; lo que contrarió á mi tia, que esperaba que el Sr. de Tressol vendria á la Quinta. Pero quince dias despues, Estéban, que habia vuelto dos ó tres veces á casa del vecino, nos dijo una tarde:

—Gracias á Dios, el proceso ha concluido. El Sr. de Tressol está pronto á hacer una transaccion, que nos es ventajosa. Tendreis, prima, mas de lo que podiais esperar; y vuestro contrario vendrá aquí mañana á ratificarlo.

—Mi querido Esteban, ¿qué servicio tan importante me habeis hecho!—esclamó la señora Denevre con reconocimiento.

—Y la señorita de Condat acompañará á su padrino—agregó Esteban.

Durante que mi tia é Irene hacian un ges-

to de sorpresa, continuó con la misma calma.

—La señorita Marta hará con gusto la visita por travar conocimiento con mis primas; y por su parte estas señoritas....

—Tendremos en ello una satisfaccion: no hay que dudarlo—interrumpió Irene con seguridad. *¿qué le parece?*—

—Esteban ha hecho muy bien en conducirse con tanta urbanidad—dijo mi tia—y si la señorita de Condat viene á Vermont, nosotros le pagaremos la visita.

El dia siguiente hizo tan mal tiempo que no se podia esperar que viniese el Baron, y sin embargo no se marchó á la fábrica Esteban, por lo que pudiese suceder, é hizo bien, porque apesar del rigor del frio, el Baron cumplió su palabra, lo que me pareció muy lisonjero para nosotros.

Yo estaba sola en mi cuarto cuando llegó el carruage. Me acerqué á una ventana y ví bajar al Baron, que dió la mano á su ahijada. No pude ver enteramente el rostro de esta, porque el velo me ocultaba una parte de él: pero no obstante, pude ver que el frio le habia puesto las megillas de un color hermoso.

Ella tomó el brazo del viejo, para sostenerle y guiarle, subiendo ambos lentamente la escalera. Entretanto me alisé yo el cabello, y despues de un minuto de duda, salí de mi cuarto conmovida. Cuando quise entrar en la sala de recibo, encontré la puerta cerrada; y oyendo mover las sillas, me quedé sobrecojada en el vestibulo. Reconocí la voz de mi tia y la del Baron, Esteban é Irene hablaron en seguida, y yo no me atreví á

entrar por no obligar al Baron á incomodarse para saludarme.

No me alejaba sin embargo, deseando trabar relacion con la señorita Marta, y en esta indecision oí al señor de Tressol decir á mi tia.

—Señora ¿no tendremos el gusto de ver á la señorita vuestra sobrina?

—Muchas gracias, señor, por haber pensado en esta niña—dijo mi tia.—Trataria yo de hacerla venir, si supiese, donde encontrarla: pero en este momento, creo que seria imposible descubrir donde se encuentra. Es una verdadera salvaje. Al ver vuestro carruaje, habrá corrido á esconderse en algun rincón. Sí, señor Baron, la pobre, que está llena de amor propio, quisiera ocultarse á todo el mundo, porque no ignora que la naturaleza ha sido para ella una madrastra.

Sin oir más, corrí á refugiarme en mi cuarto, llorando á lágrima viva. Sentía una profunda irritacion, al mismo tiempo que estaba desanimada. Acusaba á mi tia, á Irene, á Luis, á Estéban y á toda la familia de destruir mi tranquilidad y de hacer mi desdicha.

Cuando pasó este acceso de cólera, conocí que experimentaba un frio terrible, y como no habia fuego en mi cuarto, fuí á sentarme á la chimenea del comedor para procurarme algun consuelo.

Los criados entraban y salian hablando en voz baja, y sin duda observaban con curiosidad mis ojos hinchados de llorar y mis mejillas cubiertas de palidez: pero yo ni aún los veia, ocupada como estaba de mis pensa-

mientos. Entretanto oí abrir las puertas y el ruido de un carruaje que se alejaba, y después la voz de mi tía que decía, dirigiéndose ya á su familia, ya á sus criados, y ya á sí misma:

—Cerrad las puertas y encended fuego en todas las habitaciones, porque el frío es terrible. El Baron va á coger un catarro: pero por lo mismo es de agradecer que haya venido con un día como este. Mi querido Estéban, teneis razon. La Srta. de Condat es muy interesante, y si no es bella, tiene por lo menos distincion y gracia; yo creo que es vizca, ó no lo será; pero algo tiene en los ojos. Luisito, no te permitiré patinar esta tarde, anda hijo mio, al salon.

Toda la familia volvió á él, á excepcion de Estéban que vino á fumar al comedor; pero viéndome, tiró el cigarro, y me dijo con gravedad:

—Srta. María, si quereis permitirme que os hable con franqueza, os haré observar que hoy no habeis estado muy amable.

—¿Hoy solamente?—respondí yo—se vé bien que no me conoceis aún.

Irritada como estaba, dí esta respuesta con bastante mal humor, que los criados oyeron lo mismo que Estéban. Este me miró, y después de un instante de duda, se sentó y me dijo:

—Siento haber empeñado á la señorita de Condat á haceros esta visita. Pensaba que os sería agradable entrar en relaciones con ella, siendo una jóven tan agraciada como virtuosa: pero me equivoqué grandemente.

Yo solté una carcajada y le dije: Si, os comprendo bien, habeis invitado á esta jóven á venir á la Quinta solo por darme gusto.

—Sí,—dijo él—positivamente.

Yo volví á reirme; porque estaba persuadida de que él no hablaba seriamente, pero Estéban replicó sin desconcertarse:

—¿Por qué habeis huido desde que visteis el carruaje del Baron?

—Yo no hé huido.

—Sin embargo, vuestra tia asegura...

—Mi tia...! si considerais como palabras del Evangelio todo lo que dice.

Sorprendido Estéban, me miró de nuevo y dijo gravemente:

—¿Cómo puede haber tanta amargura en un corazon tan jóven? Ese sentimiento no es de vuestra edad.

—Y ¿qué sabeis de mi edad? No soy tan jóven; voy á cumplir diez y seis años.

—¡Diez y seis años!—dijo él sorprendido —os creia mucho más jóven.

Cuánta incomodidad me causó esta respuesta. Él tambien no me consideraba como una persona de razon; y sin embargo, yo no tenia el cuerpo de una niña; era tan alta como mi prima Irene.

Estéban continuó hablando en tono de broma:

—No sintáis, señorita, haberme manifestado vuestra edad, porque esta confianza os salvará tal vez de un gran peligro. Figuraos que no viendo yo aquí ni aya ni profesores, y creyéndoo una niña, iba yo á aconsejar á la Sra. Denevre, que os pusiera en algun colegio.

¡Un colegio; Dios mio! ¿Podia Estéban decirme con mas claridad la opinion que de mí tenia?

—Os doy gracias—le contesté,—por vuestro interés en mi favor: pero sabed, que ni una aya, ni varios profesores, podrian darme el entendimiento que Dios me ha rehusado; y esto es lo que yo me digo á mi misma para consolarme de mi ignorancia. A lo imposible nadie está obligado.

—¡Lindo sistema, murmuró él.

—¿Me censurais?

—Nó, señorita: os compadezco.

—Pues yo no quiero ser compadecida: detesto escitar la compasion, tanto como ser ridiculizada.

—Puesto que rechazais toda simpatía—dijo Estéban con una voz grave—solo me resta que acepteis mis excusas. En adelante procuraré no meterme en cosas que no me importan; y siento haber empeñado á la señorita de Condat á venir á esta Quinta. ¡Yo esperaba con tanta seguridad que la recibiriais bien!

—¿Yo? ciertamente. Hubiera sido para mí una felicidad. ¿No comprendéis que ha sido mi tia...?

—¿Que os ha impedido presentaros?

—No; pero qué ha dicho cuando yo estaba á la puerta de la sala...

—¿Tú nos oias?—Dijo Luis entrando de pronto—Esto es gracioso, se lo diré á mi madre; yo te lo prometo.

No queriendo disputar con mi primo, me levanté para ir donde estaba la Sra. Denevre.

—¿Pagareis á la Srta. de Condat la visita que os ha hecho? dijo Estéban.

—Ah! es verdad—dije yo—debemos pagarle la visita. No me acordaba. Sí, ciertamente; suceda lo que quiera, iré á Tressol.

IV.

Hacía un frío excesivo el día que fuimos á pagar la visita á nuestros vecinos de Tressol, y sin embargo, yo estaba más alegre que de ordinario, porque me gustaba el paisaje de invierno. No hablábamos porque teníamos frío; cada uno iba entretenido con sus pensamientos, y el mio se ocupaba de la señorita de Condat, á quien iba á ver, y á la que me proponía yo querer mucho. Me parecía que debíamos comprendernos á primera vista, y yo tenía grandes esperanzas fundadas en los efectos de la simpatía.

Llegamos á Tressol y el Baron vino á recibirnos con la mayor cortesía, llevándonos á un salón calentado por caloríferos, y además por un buen fuego que ardía en la chimenea. Cuando entramos vimos al Sr. de Condat, que estaba en pie calentándose, y nos pareció de menos edad que el Baron, pero no tenía la mirada franca de este. Por el contrario, parecía grave y triste; y su mirada era sombría. De tiempo en tiempo, se contraían los músculos de su rostro, como si experimentara un dolor de pronto, pero pasagero. Este movimiento convulsivo era muy rápido.

De todos nosotros no conocía el señor de

Condat mas que á Estéban, al cual recibió cordialmente. Mi tia, de buen humor ya, por haberse templado del frio, hablo con amabilidad, y así que trasmitió al Baron las espresiones de mi abuelo, escusándolo de no habernos acompañado, hizo el elogio del castillo de Tressol, cuya situacion era tan agradable como pintoresca.

—Sí,—dijo el Baron—esta mansion conviene á dos viejos que huyen del mundo, en el cual harian una triste figura: pero es una residencia poco conveniente á la amable niña que participa de nuestra soledad.

La Sra. Denevre aprovechó la ocasion de hablar de la Srta. de Condat, y el Baron dijo

—Marta va á venir: ella se ha aprovechado de este poco de sol para visitar el invernadero y dar una vuelta al jardin. Este salon, caliente como una estufa, no le gusta, y no suele estar en él, Le han avisado vuestra llegada... y vedla aquí—agregó, abriendo una puerta de cristales que daba al jardin.

Entónces vimos en el jardin á una joven vestida de negro, que venia hácia nosotros con paso gracioso y ligero. Una especie de mantilla española de encaje cubria su cabeza y sus hombros. Sus facciones eran muy delicadas; su cútis muy fino; su cabellera magnífica: pero lo que daba á su graciosa cara un carácter original, eran sus ojos de un azul tan oscuro, que yo comprendí por qué mi tia habia creido que era vizca. A la Sra. Denevre no le gustaba nada original ó raro, y aquellos ojos tan oscuros le habian chocado.

La jóven, despues de habernos saludado, se sentó junto á mí y me dió las gracias por haber venido. Su voz tenia una dulzura y un encanto tal, que me conmovieron: pero cuando correspondia que yo contestase, no pude hacer otra cosa que ponerme colorada y tartamudear algunas palabras.

—María—esclamó mi tia—responde á esta señorita; ¿qué pensará ella, viéndote encarnada como un pavo, é incapaz de abrir la boca?

El verme tratada así delante de la señorita de Condat, aumentó mi confusion tanto más, cuanto yo deseaba que ella me considerase como una persona de razon y de juicio: pero Luis me incomodó todavía más, porque queriendo echarla de gracioso, agregó:

—Mamá, no le riñais: pobrecita niña, el gato se ha comido su lengua.

El Baron se compadeció de mí, y dió otro giro á la conversacion. Aunque no era un espíritu superior, hablaba con mucho agrado, y yo le oía con gusto. Marta no dijo más que algunas palabras, pero eran graciosas y oportunas. El Sr. de Condat habló menos que su hija, y el Baron, al parecer, no le oía con gusto, porque dos ó tres veces le interrumpió bruscamente. Mi tia fué la que sostuvo con gracia la conversacion, y sobre todo, quien la animó fué Estéban. Nunca habia yo visto á este último espresarse con tanto calor y oportunidad.

El sol estaba poniéndose cuando volvimos á la Quinta; el frio habia cedido un poco y la voz dulce y monótona de un pájaro, se oía en medio de un profundo silencio. Irene, que

ningun caso hacia del pájaro, decia á su madre:

—Es un fastidio que el Sr. de Tressol tenga tales amigos. El es agradable, pero la Srta. Marta me desagrada, y su padre me hace el mismo efecto que la nieve.

—En efecto—replicó mi tia—pienso lo mismo que tú. El Sr. de Condat tiene algo que hiela; tiene lo que en mi juventud se llamaba un aire fatal.

Estéban se echó á reír.

—Parece que lo tomáis á broma—le dijo agriamente mi tia.

Pero, señora ¿cómo queríais que lo tomase de otra manera?

—Pues sabed que yo no acostumbro á bromear, mi señor primo.

—Mamá—dijo Irene con dulzura—nuestro primo tiene ideas muy singulares. Cuando está en casa del Baron, todo lo admira, sin necesidad de examinarlo.

—Pues bien, querida; dejemos esta discusion. Dime, ¿te parece que estos forasteros residirán mucho tiempo en Tressol?

—¿Qué puedo yo decir, mamá? No quisiera prejuzgar la cuestion: pero, si se me dijera que ellos habian hecho un contrato para residir allí toda su vida, lo creeria sin dificultad alguna.

—El viejo Baron parece que está enamorado de ellos. ¿No es así, hija mia?

—Así me parece á mí tambien: todos los que se acercan á la Srta. de Condat, se enamoran de ella: preguntadle el motivo á María, que la miraba con unos ojos...

—Es verdad que esta jóven es mas linda que lo que habíamos creído—dijo mi tia—se parece á aquel retrato de una Marquesa, que tengo en mi cuarto. ¿No te ha llamado esto la atencion, Irene?

—Si, mamá, teneis razon de comparar á la señorita de Condat con un retrato ó con una linda pintura, porque parece inanimada.

Algunos dias despues el Sr. de Tressol nos convidó á comer, lo cual me causó tanta sorpresa como placer, porque deseaba mucho volver á ver á Marta. Mi tia é Irene, fueron tambien del mismo parecer, porque aunque murmuraban de los huéspedes del Baron, no podian acoger con indiferencia los favores de este. El era el personaje mas importante del país, y siempre gusta verse favorecido por las personas que brillan. Por lo que hace á mí, no pensaba mas que en Marta y no disimulaba mi contento, cuando mi tia declaró de un modo perentorio, que no me llevaria á Tressol.

—Pero, señora...—quiso decir Estéban.

—Pero, caballero—contestó mi tia—¿creeis que es agradable ver á esta niña que se queda con la boca abierta cuando le dirigen la palabra? El otro dia tuvimos este divertido espectáculo, y me parece que basta con una vez.

V.

—María, voy á la fábrica—dijo mi abuelo, y no estaré allí mas que una hora. Harias bien en acompañarme, porque es un lindo

paseo. El sol calienta un poco, el cielo está azul y la primera alondra ha cantado esta mañana.

Aunque yo estaba acatarrada, y por eso no habia salido en toda una semana, me agradó la proposicion y acompañé alegremente á mi abuelo. Tomamos un camino que atravesaba un bosque, y bajaba serpenteando hasta el fondo del valle: pero la sombra iba ya estendiéndose, y mi abuelo me dijo:

—Llegamos tarde. Era necesario haber venido cuando brillaba el sol sobre las rocas, porque allá abajo hará frio. Lo que debias hacer era esperarme aquí, porque yo no me detendré mucho. Tú no tendrás miedo de quedarte sola, porque desde aquí se vé el sendero y la fábrica, y no me perderás de vista mas que por algunos minutos.

Yo hice lo que me indicó mi abuelo, y mientras él bajaba la colina me apoyé en el tronco de un árbol y miré alrededor de mí con curiosidad.

Mi abuelo estaba ya casi en lo bajo del terreno, cuando lo ví detenerse, saludar y dejar la senda á una linda persona, que se dirigió á mí con prontitud. Era la Srta. de Condat.

—¡Qué buen encuentro!—dijo ella alargándome la mano desde bien léjos—¡Tengo tanto gusto en veros por fin!

—Y yo tengo todavia más—esclamé yo alborozada.

—¿De veras?—dijo ella con aire de duda.
—Yo hubiera creido lo contrario. Me parecia que huíais de mí; pero hoy no os escapareis.

Hizo una señal á un criado viejo que la acompañaba, y él subió lentamente la colina entretanto que Marta me estrechaba aún las manos.

—Espliquémonos un poco—me dijo—No habeis querido venir á comer á Tressol la semana anterior, ¿qué motivo habeis tenido para no hacernos ese honor?

—Mi tia es quien no ha juzgado apropiado llevarme—respondí yo con tristeza.

—¿De veras? ¿La Sra. Denevre tuvo la culpa? ¡Tanto mejor! Yo estaba tan disgustada de ver que no respondiais á mis indicaciones. Si yo me he tomado la libertad de hacer una visita á vuestra familia, era por vos, por veros, por conseguir vuestra amistad. Tal vez creais esta manifestacion un poco brusca y demasiado prematura: pero tratándose de vos, era indispensable coger la ocasion por los cabellos.

—¿Es posible?—le dije yo—¿Ha sido por mí por lo que fuisteis á Vermont?

—Por vos, solamente. Debeis saber, que tanto mi padre como yo, no visitamos á nadie; vivimos en una soledad profunda.

—Y por escepcion habeis venido á verme, á mí, pobre huérfana, á quien no conociais. Esto parece increíble!

Marta se sonrió y dijo: Se nos habia hablado de vos.

—¿De mí? Válgame Dios, ¿quién se ocupa de mí? ¿Quién se interesa por mí? Nadie.... á escepcion de vos, señorita.

—Os engañais: alguno que os quiere como un padre, me ha sugerido la idea de haceros una visita.

—Ah! el Sr. Presles; ahora me acuerdo. Un interés casi paternal...En efecto, me considera como una niña, cuya educacion apenas ha principiado; y si os ha hablado de mí, discurre poco mas ó menos los términos de que se ha servido. Es un hombre severo y rígido, y cuando se tiene tal austeridad, es difícil dejar de ser intolerante. Además, tiene tan mala opinion de mi. Mi tia tiene cuidado de hacerle conocer mis defectos. El los conoce todos, y hasta me atribuye los que, gracias á Dios, no tengo.

—No haceis justicia á vuestro primo—replicó Marta—si él no tuviera una buena opinion de vos, ¿me habria inspirado el deseo de conoceros?

—Sin duda—esclamé yo—Adivino bien su pensamiento, y el vuestro tambien, señorita: si él os ha empeñado para que vengais á Vermont, es porque sabe cuánta necesidad tengo de vuestros consejos y de vuestros buenos ejemplos: es porque teneis por amigos á los pobres, á los enfermos y á todos los que padecen.

Marta me tomó la mano y me dijo: ¿Sois muy susceptible?

—No sé; es probable. Sí, debo serlo. ¡Tengo tantos defectos! Pero ¿por qué esta pregunta?

Ella fijó en mí sus ojos, y replicó:

—No quisiera ofenderos, y debo sin embargo hablaros con una gran franqueza.

—Oh! señorita; no temais decirme la verdad, por dura que sea puedo oirla, porque se me ha tratado con tanta dureza.

—Pues bien, vais á saber exactamente lo que el Sr. Presles nos ha dicho. Hay en la Quinta de Vermont una pobre huérfana triste y desdichada. Su abuelo y la Sra. Denevre sienten verla entregada enteramente á sus inclinaciones: pero los negocios absorben su tiempo y les impiden ocuparse de la educacion de esta interesante niña. Nadie reprime sus pasiones; ninguno se toma el trabajo de rectificar sus equivocaciones y errores. Ella seria una excelente jóven, si estuviera bien dirigida; y es de temer que siguiendo de este modo, llegue á ser...

—Muy mala, ¿no es así? ¿Por qué no acabais el pensamiento? Y cuando el Sr. Estéban os habló así ¿tuvisteis compasion de mí?

—Nó, señorita; no fué compasion lo que esperimenté, sino un afectuoso interés, y dije al Sr. de Tressol: Quisiera conocer á esta desdichada niña. Me espresaba así, porque me parecia que érais una jóven de poca edad.

—Debiais creerlo—le dije yo picada—habiéndoos dado el Sr. Presles los informes.

Marta me miró con sorpresa y continuó diciendo con dulzura:

—Me dirigí á mi padrino, manifestándole mi deseo de conocer á aquella jóven y de serle útil: y le agregué: Las lecciones de la desgracia me han dado experiencia: yo comprenderia bien el alma de esta jóven que, cohibida y entregada á sí misma, no se atreve á franquearse y á comunicarse! —No tuve necesidad de decir más: el Sr. de Tressol, que es muy bondadoso, entró en mi plan, lo aprobó y me dió los medios de entrar en relacio-

nes con vos, pensando que yo encontraria un consuelo en vuestra amistad.

—¡Oh!—le dije yo—¡cuán buena sois, y cuánto os amaré, á vos, que tomáis tanta parte en el bienestar de vuestro prógimo.

—¡Ay!—murmuró ella—es la única felicidad que me ha quedado.

Yo la miré, y conocí que sufría interiormente. Me causó compasion: pero no pude espresársela, porque todavia no tenia yo confianza para hacerlo. Queriendo adquirirla á toda costa, le pregunte:

—¿Cómo nos gobernaremos para vernos frecuentemente? Vuestra presencia me será ahora indispensable. Yo no puedo ir sola á Tressol; y acabais de decirme que no está en vuestras costumbres hacer visitas.

—Yo hablaré á mi padrino, y él encontrará el medio de arreglar las cosas—me respondió Marta—pero ¿estais muy ocupada? ¿Os será posible consagrarme algunas horas cada semana?

—Cada dia, si quereis, señorita; yo no sé qué hacer del tiempo.

—¿De veras? ¿á vuestra edad? Me asombráis: pero ¿no estudiais algunas veces?

—Nunca; ¿qué podria yo estudiar? Hace un año que no tengo aya ni maestros.

—Pues qué, siendo tan jóven ¿no haceis lo posible por instruiros?

—Esta se parece á Estéban, dije yo para mí con un poco de despecho. Uno y otro tienen las mismas ideas, los mismos principios, la misma moral austera, y uno y otro no ven en mí mas que una niña mal criada. Marta continuó:

—En defecto de ocupaciones mas serias, tendreis á vuestro cargo algunos quehaceres de la casa.

Tampoco, señorita; yo no me mezclo en estas cosas: mi tia y sus criados tampoco lo permitirian. Ellos saben que soy tan torpe!

—En ese caso trabajareis para las iglesias, para los pobres.

Yo moví la cabeza.

—En nombre del cielo, ¿cómo empleais vuestro tiempo. Tal vez estudiais la música?

—Ah! la música! poco ruido se meteria si yo me atreviese á sentarme al piano. Se cree que yo no entiendo nada de música; que tengo tan mal oido, como poca comprension, y de consiguiente no se me permite estudiar. Es tiempo perdido, dicen. Yo lo creo tambien, y lo siento, porque tengo mucha aficion á la música.

—Yo la tengo tambien—dijo Marta—y dicen que toco el piano bastante bien. Si estais conforme, os daré algunas lecciones. Este pretesto nos servirá para vernos á lo ménos una vez cada semana.

Yo le di las gracias con efusion y como mi abuelo volvia por mi, me apresuré á decirle el convenio con Marta. Mi abuelo se alegró y le dijo:

—¡Que buena sois, Señorita, en interesaros por mi pobre María. No sentireis ciertamente haberle demostrado tanta benevolencia. Es un espiritu inculto: pero es un excelente corazon.—

Durante la comida hablamos á mi tia de las

lecciones de piano que me habia de dar Marta.

¿Como dijo ella.—María quiere aprender la música á su edad?. ¡Qué capricho.! Y la Señorita de Condat ¿se tomará el trabajo de venir aqui á darle lecciones? Esto es poco probable. Será pues necesario, que María vaya á Tressol muchas veces á la semana? Quien la acompañará. Todos nuestros criados están sobrecargados de trabajo.

—Hay un medio de arreglarlo todo—dijo mi abuelo—Yo acompañaré á la niña á Tressol, y de allí iré á la fábrica. Para esto no necesito dar un gran rodeo.

Mi tia no tuvo nada que decir en contra; y como recibió al día siguiente una carta muy atenta del Baron, en que le rogaba que me permitiera ir á Tressol algunas veces para ocuparme de la música con la señorita de Condat, se convino en que mi abuelo me acompañaria á Tressol los lunes y jueves de cada semana.

Estas visitas, que hice yo con regularidad á Marta fueron los primeros momentos de verdadera felicidad, y no los olvidaré nunca. A la una de la tarde salíamos mi abuelo y yo en una vieja berlina, á que mi tia daba el nombre de cupé.

Sí Esteban se hallaba en Vermont al tiempo del desayuno, nos acompañaba, é iba luego á la fábrica con mi abuelo. Si el tiempo lo permitia Marta venia á esperarnos en el valle. Yo notaba, que ella saludaba á Esteban con cierta seriedad y respondia con una afabilidad encantadora á los saludos de mi

abuelo. Bajaba yo corriendo, y del mismo modo nos dirigíamos á Tressol, mientras mis compañeros tomaban el camino de la fábrica. A las tres ó cuatro horas volvía mi abuelo por mí, dejando en la fábrica á Estéban.

¡Qué cortas me parecían estas tardes! ¡Qué pronto pasa el tiempo! Muchas veces era necesario abreviar las lecciones de piano, y algunas, suprimirlas enteramente. Yo las tomaba en la habitacion de Marta; allí era donde estudiaba, y hasta charlábamos también allí, cuando el tiempo no nos permitía pasear fuera del castillo.

La habitacion de Marta no se parecía á la mayor parte de los cuartos de las jóvenes solteras. En ella todo era sério, todo útil. Un día le dije á mi amiga, que su padrino no la había tratado como una niña; por que los objetos de arte que se encontraban en su habitacion no convenían á una jóven ignorante, la cual nada tendria que hacer con ellos.

—No es mi padrino, quien me ha dado esta habitacion—respondió Marta—yo la hé escogido y amueblado; y todo esto, á escepcion del piano, que es un regalo del señor de Tressol, lo he sacado de los graneros del castillo. Mi padrino se ha burlado de mí por la economía que uso; y se burla también siempre que le impido hacer algun gasto en mi favor. Pero yo no hago caso de las burlas y sigo mi idea. Ha sido mi padrino tan bueno para nosotros: le debemos tanto!

Nunca me habia hablado así Marta, ni me habia hecho confianza alguna. En aquel día no me dijo mas: pero despues de algun tiem-

po me abrió su corazón. ¡Pobre Marta! La historia de las desgracias de su familia era breve; pero bien triste. Su padre había perdido en especulaciones aventuradas todo su caudal, una parte de su razón y el porvenir de su hija. Esta se hallaba prometida, cuando sucedió la ruina completa del Sr. de Condat, y el matrimonio no llegó á verificarse. El Sr. de Tressol, el único amigo de estos desgraciados los recogió en su casa. El señor de Condat, algo maniaco, no se hallaba en estado de dedicarse á ningun trabajo, pero la buena Marta hacía cuanto le era posible para pagar la hospitalidad que le daba el Baron. Ella vigilaba á los criados, dirigia la casa y reemplazaba con ventaja á la más cuidadosa ama de llaves.

—Debemos dar muchas gracias á la Divina Providencia de habernos enviado un bienhechor semejante—me decia ella.—Sin mi padrino, ¿qué seria de nosotros? ¿qué seria de mi desgraciado padre? Si supiérais qué bueno es mi venerable padrino! Creeríais que queria casarme y dotarme generosamente! Yo he rehusado, por supuesto; sus bienes corresponden á los hijos de su hija, y yo no debo causarles perjuicio. Pero sobre todo, no debo abandonar á mi padre. Pasaré mi vida en este castillo, si no feliz, á lo menos tranquila.

—Entonces no nos separaremos jamás—esclamé yo—porque no me casaré tampoco. Mi tia asegura que nadie querrá sufrirme, y de consiguiente quedaremos siempre unidas. Pero, mi querida Marta, ¿no buscareis otras

distracciones mas que las sencillas que tenéis ahora? ¿No cambiareis en cosa alguna el género de vida que habeis adoptado?

—Sois como mi padrino—respondió ella—el Baron quisiera que yo buscara distracciones y me persuade que haga algunas visitas á los vecinos inmediatos, pero no puedo hacerlo. Vale mas huir de la sociedad, que dar lugar á cuentos y murmuraciones, y si yo hiciera esas visitas, esto último seria lo que sucediese. Las extravagancias de mi querido padre serian muy conocidas, y lo mismo sucederia con nuestras desgracias. Vuestra señora tia no ha visto á mi padre mas que una vez, y estoy segura de que ya habra notado... que tiene la cabeza débil.

—Nó, Marta, no lo creo. Mi tia ha hablado de vuestro padre, pero no ha adivinado la verdad.

—Pero vos, María, no habreis dejado de comprender...

—¿Yo? sabeis muy bien que no tengo el espíritu de observacion, y he hablado tan poco con el Sr. de Condat...

—El Sr. de Presles es mas despierto que vos—replicó Marta pensativa—lo que os estoy diciendo, lo ha adivinado él hace mucho tiempo.

—El sin duda ha debido conocerlo... pero no ignorais, querida Marta, que él es un amigo, al cual puede una confiarse.

—Seguramente—dijo ella con frialdad—y despues habló de otra cosa.

VI.

Cuando la primavera vino á visitarnos, tomamos la costumbre de ir á leer, hablar, estudiar y trabajar para los pobres, al parque, que era una verdadera selva y se estendia hasta la pendiente de la colina. Allí habia unas encinas muy antiguas, y una senda escarpada que bajaba hasta el rio. Bajo esos árboles seculares veniamos á sentarnos, y desde allí divisábamos la fábrica y veíamos venir la berlina de la Sra. Denevre, para llevarme á Vermont. Marta entónces bajaba conmigo al valle; saludaba á mi abuelo, hacía una reverencia ceremoniosa á Estéban, me abrazaba y nos separábamos.

Esto duró año y medio: diez y ocho meses felices, cuyo recuerdo me será querido, mientras viva. ¡Cuán buena fué para mí Marta en todo este tiempo, no podria yo decirlo! Con una paciencia y una dulzura admirables, se aplicó á reformar mi carácter y á guiarme por el buen camino, que ella seguía con tanta constancia. Yo me esforzaba en seguirla y en imitarla, pero adelantaba poco, porque no tenia su energía y su valor. Sobre todo, durante los primeros meses, no hice ningun progreso visible. Yo venia á verla de mal humor, triste, desazonada; yo le contaba mis disgustos, y ella me consolaba y me apaciguaba, pasándose así el tiempo.

Pero poco á poco, cuando la conocí con mas intimidad, llegué á avergonzarme de mi egoismo, y procuré olvidar mi insignificante

persona, que hasta entónces habia sido mi principal cuidado. Viendo la abnegacion de Marta, tuve vergüenza de referirlo todo á mi conveniencia particular; y notando lo sometida que ella estaba á los decretos de la Providencia, no me atreví ya á manifestar el humor colérico y desagradable, de que se quejaban los individuos de mi familia. Cuando yo supe que ella pedia á Dios solamente la resignacion y la fortaleza, aprecié más esta Religion divina, que tiene un bálsamo para todas las heridas.

Cuando mi querida Marta me entretenia hablándome de las maravillas y de los misterios de la Religion cristiana, así como de la patria desconocida, que yo no habia buscado apenas hasta entónces, sus palabras caian como un benéfico rocío sobre la aridez de mi alma, y en aquellos momentos nada hubiese sido capaz de detener los primeros impulsos de mi corazon. Cambiando de este modo mi existencia el ejemplo y los consejos de esta piadosa jóven, decidian mi porvenir, y me ayudaban á sufrir con valor todas las pruebas de la vida.

Marta era muy instruida, nada pedante, y con sencillez y agrado venia á socorrer mi ignorancia. Rectificaba mis ideas y mi juicio, y se aplicaba especialmente á desarrollar mi inteligencia: pero mas bien me enseñaba á sacar partido de los conocimientos que yo poseía, que de adquirir otros nuevos. Ella no pensaba como en otro tiempo el aya de Irene, que una jóven no tiene nunca bastantes conocimientos para adornar su espíritu.

Decía, por el contrario,—que el que mucho abraza, poco estrecha;—y esto era precisamente lo que me habia sucedido. Se me habia hecho aprender una multitud de cosas, y mi cabeza estaba hecha un caos, que Marta trabajaba en desembrollar con la paciencia de un ángel: Gracias á sus lecciones y á su perseverancia, todo lo que yo habia estudiado sin comprenderlo, y sin que nadie se dignase explicármelo, iba apareciendo á mi espíritu claro é inteligible. Una multitud de ideas nuevas se despertaban en mi entendimiento: ya no pasaba yo indiferente y ciega cerca de las maravillas de la creacion; ya veía el mundo bajo un aspecto nuevo y agradable.

Durante aquella época, todo seguía su curso ordinario en nuestra tranquila Quinta de Vermont. Mi tia, siempre activa y afanosa, dirigia su casa y su familia, visitaba sus fincas, sacaba partido de todo, ganaba dinero, lo gastaba, y veía con sentimiento que las economías de Estéban no la sacaban del apuro. Mi abuelo hacía todos los esfuerzos posibles para salvar del abismo la herencia de sus nietos. Luis, crecía, se hacía hombre de juicio, y prometia hacer maravillas cuando llegara á dirigir la fábrica; é Irene comenzaba á ser citada entre los vecinos por su belleza y elegancia.

Estéban continuaba habitando en la fábrica, trabajaba mucho, y consagraba á la empresa su tiempo, su capital y los recursos de su imaginacion. Obraba con una total abnegacion; de modo que mi tía hubiera podido decir con razon, que él habia sido enviado

por Dios para salvarnos á todos: pero él no presumía que su conducta mereciese ningun elogio, y creía que era una cosa natural pasar sus dias en la soledad, entregarse á un trabajo ingrato, y no tener otras distracciones que venir á casa de mi tía por las noches ó hacer algunas visitas al Sr. de Tressol.

Parecía que se interesaba por mí, preguntándome por mis estudios y mis ocupaciones, y aseguraba que yo hacía progresos, y que tenía disposicion para la música. Algunas veces me rogaba que cantara, ó que tocara el piano; otras veces hablaba conmigo de cosas serias, oía mis respuestas con atencion y parecía que tenía gusto en este examen. Cuando entraba y me veía alegre y ocupada, se sonreía, y como si me dijera: Ahora eres feliz, y á mí es á quien debes esta felicidad.

A la verdad, yo sabía que le debía mucho, y no era ciertamente ingrata. Su recuerdo estaba siempre presente á mi memoria, así como el de Marta. Estos dos nombres estaban grabados en mi corazon, y por ellos, ningun sacrificio me hubiera parecido costoso.

Muchas veces hablaba yo de Estéban á mi amiga, le decia cuán bueno era él, y le recordaba que sin él, nunca hubiera yo venido á Tressol. Con la mayor sencillez, y con todo el fervor de mi alma, hacía el elogio de aquel que habia sido el primero en interesarse por mí. Marta me oía, guardaba silencio y parecía distraida: no me respondia cosa alguna, me interrumpía, y á veces daba señales de impaciencia. Parecia bien claro, que aquella

conversacion no le gustaba, y yo lo sentía mucho, porque hubiera deseado que pensase como yo respecto de Estéban; no pudiendo explicarme su frialdad respecto de una persona tan interesante. Un dia no pude menos de decirle que tenia por mi primo una secreta antipatia, y que yo no podia comprenderla.

Ella se echó á reir y me dijo, que admiraba mi perspicacia; y como yo le preguntase si me equivocaba, me contestó que un poco, sonriendo siempre.

—¿Cómo es posible—esclamé yo, que vos, que sois tan buena y tan indulgente, no hagais justicia á la persona que os comprende mejor y os estima más? Es necesario, mi querida Marta, que os sobrepongais á ese sentimiento de aversion, que me parece tan injusto. Tened presente, que hace mucho tiempo que vuestra conducta para con Estéban me asombra y entristece, aunque nada os haya yo dicho. Desde que él llega, os ausentais; cuando os dirige la palabra, apenas os dignais responderle; cuando yo le nombro, variáis la conversacion, y si sabeis alguna cosa que sea en él digna de alabanza, os guardais bien de decirla.

Marta me oía con impaciencia y distraccion y no me respondia. Estrechándola yo á que lo hiciera, me contestó con mucha frialdad:

—¿Qué quereis que os diga? Hay sentimientos, que como sabeis bien, no pueden dominarse.

—Pero ¿qué teneis que echar en cara al señor Presles? ¿No es bondadoso y afectuoso en extremo? ¿No le veis pasar sus dias en esa

fábrica, cuando debiera pasarlos en medio de una sociedad escogida? No sabeis que trabaja incesantemente? Y ¿en favor de quién? No en favor suyo, puesto que su módico capital le permitiría vivir independiente: trabaja con afán para salvarnos de la ruina. Sí, Marta, trabaja por nosotros, y haciendo abnegacion de todo interés personal, nos ha dado sus bienes, su tiempo y su vida.

—María, por favor, ni una palabra más— murmuró Marta.

—Nó, querida mia; es necesario que os haga conocer enteramente mi pensamiento. Yo sería una ingrata, si no defendiera la causa de Estéban. ¿No es á él, á quien debo la felicidad de teneros por amiga? ¿No es á él, á quien debo la instruccion que me habeis dado? Y ¿no es á él, á quien debo el deseo de hacer bien, que me habeis inspirado, y las luces divinas, que habeis hecho brillar en mi alma?

Marta puso sobre mi brazo su mano, que temblaba, y me dijo:

—María, os amo, como si fuéseis mi hermana. Mi corazon se partiría si tuviese que romper nuestra amistad. Pues bien; si el nombre de.... ese extranjero debiera deslizarse sin cesar en nuestras conversaciones...

—No acabeis—esclamé yo—no acabeis por Dios, porque decis cosas que me afligen.

Aquella noche volví á la Quinta bien triste, y antes de entregarme al sueño, pedí á Dios con mas fervor que el acostumbrado, por mi amiga, por Estéban y por todos nosotros, que me parecia no debiamos tener mas

que un corazón y un alma.

Posteriormente medité mucho acerca de la antipatia que el Sr. Presles habia inspirado á mi querida Marta, y á fuerzas de pensar en esto con tristeza conocí que yo tenía por Estéban algo mas que simpatia y reconocimiento.

Ciertamente yo no esperaba obtener afecto por afecto, y no pretendía esta felicidad. Me decía á mí misma, que sería un absurdo suponer, que un hombre tan recomendable pudiera querer á una jóven pobre, fea, llena de defectos y de una inteligencia bien escasa; y sin embargo; á pesar de todo esto, habia en el fondo de mi corazón cierta esperanza, que yo no podía comprender bien. Esteban me demostraba mucho interés. Cuando me veia tan contenta en tener á Marta por amiga se regocijaba él tambien. Cuando venia con mi abuelo á buscarme á Tresol, así que yo llegaba corriendo del brazo con Marta, demostraba su satisfaccion, y nos miraba con tanto afecto, que yo me conmovía hasta el fondo de mi alma. ¿No significaba nada todo esto? ¿Me engañaban estos indicios? Ay!, si, debian engañarme ¿No se me había dicho y repetido, que era imposible, que yo inspirase afecto á nadie, y que nadie tampoco tendría la bondad de sufrirme?

Mas entonces ¿por qué... Ah! sí, ya entendía yo por qué se alegraba tanto Esteban al vernos. Era Marta tal vez la que despertaba en Esteban ese gusto que demostraba, cuando nos veía, y si hablaba conmigo, era tambien por oir hablar de ella. Marta era la

que me habia enseñado el canto y la música, y á ella era, á quien yo debía la poca instruccion, que habia recibido. Esteban se interesaba probablemente por mí, por que era yo la discípula de aquella buena y graciosa jóven, y cuando él venía á mi encuentro alegre y sonriéndose en el valie, habria yo podido decirle como cierto poeta oriental:

No soy la rosa; pero he vivido con ella.

VII.

En esta época se preparaba un gran acontecimiento en Vermont, que á todos nos llenaba de alegría. Mi tia iba casar á Irene ventajosamente, y yo participaba de la dicha de aquella querida prima, pidiendo á Dios por su felicidad.

Un dia fuimos todos menos Irene á dar parte de su casamiento á nuestros vecinos de Tressol. No vimos al Sr. de Condat; pero el el Baron felicitó á mi tia, y Marta agregó expresiones muy afectuosas. En el asceso de su alegría la Sra. Denevre no dejó de contestar.

—Y vos, señor ¿no nos dareis motivo para dirigiros igual felicitacion? ¿No pensareis en casar á vuestra ahijada?

—Sra.—dijo el Baron, si esto dependiera de mí, ya estaria hecho: mas no quisiera yo ser el tirano de esta niña terca, y no hace mucho tiempo, que ella me ha manifestado, que con mi permiso y el de su padre no se casará jamás.

—Oh,—dijo mi abuelo—esta señorita es bien jóven, para tomar semejantes resolucio-

nes. Hoy habla así: pero mañana...

—Hoy, mañana y siempre — murmuró Marta.

Estéban la miró, y dijo—Yo creia que nadie podia responder del porvenir.

Marta no dijo una palabra. y Estéban agregó con el tono mas espresivo—¿Con que jamás?

—Jamás—contestó ella—y miró al Baron, que se apresuró á cambiar de conversacion.

Irene se casó al fin del Otoño y su partida dejó un gran vacío en nuestra apacible mansion, porque ella era la alegría de la casa. Mi tia decia con tristeza.—Mi querida hija se ha llevado todas mis sonrisas.—Pero si la ausencia de Irene nos entristeció, no cambió por eso nuestra manera de vivir, y yo continué yendo á Tressol muchas veces á la semana. Cada vez queria mas á mi amiga, y al verla tan virtuosa, me parecía que era imposible imitarla y ser tan buena como ella.

Al fin de Enero, en que venia á cumplirse un año, que Estéban habitaba en la fábrica, vino mi tia á verme en mi cuarto, y sin preámbulos me habló de este modo:

—Marta, el mes próximo cumplireis diez y siete años, y ya no eres una niña. Así es, que á pesar de tu indiferencia, creo que alguna vez habrás pensado en tu porvenir. ¿No es verdad que habrás pensado?

—No señora, contesté yo—hasta el presente no he reflexionado...

—Ah si, esto es lo que les sucede á las jóvenes; no reflexionan. Y ¿para qué? como nada falta, no digo de lo necesario, pero tam-

poco de lo superfluo... Ahí está la tia, que ocurra á todo... Pero María yo no estaré siempre en circunstancias de poder sufragar tus necesidades, y si yo falto ¿que te sucederá? ¿Tendrás una familia que te proteja? Si yo me encontrara en mejor posicion, haria por tí un esfuerzo: si tú fueras instruida, podrías ganar la vida: pero no teniendo tú ni una ni otra cosa; qué será de tí, cuando yo no exista?

Yo me eché á llorar sin responder.

—No te desconsueles—prosiguió mi tia—porque puede haber remedio para esta desgracia: pero antes de indicarlo: he debido señalar el mal, porque eres tan caprichosa!... Hablemos pues con franqueza. ¿Conoces al Sr. N....?

Y me nombró á un jóven de buena familia, que habitaba á alguna distancia á la Quinta.

—Sí, tia, le conozco un poco.

—Y ¿qué piensas de él?

—Nada, tia,—pero agregué inmediatamente viendo el gesto de desagrado, que ponía—yo pensaré lo que queráis.

—En hora buena—dijo ella—debes convenir en que este jóven tiene mucho mérito.

—Sí, mucho.

—Es bien parecido.

—Sin duda.

—Rico tambien.

—Muy rico.

—No, hija, él no es muy rico; lo que posee es una Hacienda. Con ella y sus buenas cualidades puede ciertamente hacer feliz á una muger.

—Lo creo así.

Mi tia contenta con mis respuestas, me abrazó cordialmente y me dijo—Vamos tú me has entendido ya, y de consiguiente no te sorprenderás, si te digo que este jóven desea casarse contigo.

Yo me levanté de pronto diciendo—Qué! tia ¿hay alguno, que quiera casarse conmigo, y pasar su vida en mi compañía? Esto no es creible.

—Es sorprendente en efecto: pero tú conoces el adagio.—Algunas veces lo verdadero no es verosímil.

—Tia—repuse yo muy pensativa—si ese jóven tiene caudal y buenas cualidades, le será fácil casarse con cualquiera señorita rica, linda, instruida y que posee una porción de motivos de agrado, que á mi me faltan.

—En efecto debía ser así: pero el hecho es, que él te prefiere.

—El me prefiere, á mi, pobre. fea, torpe, ignorante. A mi me prefiere á pesar de mis numerosos defectos. Por favor decidme ¿hablais seriamente?

Muy seriamente, querida mia, y me alegro de que este casamiento sea de tu gusto. Esta noche sabrá nuestro jóven, que tú aceptas su mano.

—Yo no he dicho eso—esclamé.

—Ola! ¿tu no has dicho eso? ¿Pues que has dicho?

—Que yo rehuso, mi buena tia, con vuestro permiso se entiende.

—Vaya una cosa singular—dijo mi tia asombrada. ¿Rehusas y acabas de mostrar una

alegría ridícula?

—Perdonadme, señora, de no haber sabido ocultar mi satisfacción, porque estoy conmovida del honor que se me ha querido hacer, y que yo no esperaba. Lo mismo que yo, vos habíais creído, que nadie podría sufrirme. Pero por que yo experimenté cierta satisfacción en la demanda de ese jóven, no se sigue forzosamente que esté yo conforme en casarme con él.

—Amiguita—me dijo mi tia—si hablas seriamente, tienes poco juicio.—Quiero creer, que en este momento no estés capaz de raciocinar por la alegría ó la sorpresa: pero mañana verás las cosas de otro modo. Reflexiona, y mañana me darás la respuesta.

Mi tia salió al decir esto, y yo pude meditar sobre la estraña, la increíble novedad que acababa de saber; bien increíble por cierto! ¿Cómo era posible que yo, á quien nadie podía sufrir, á quien se le pronosticaba el aislamiento y el abandono, hubiera inspirado inclinacion á una persona de las buenas cualidades y de la posicion de aquel jóven? Pero supuesto, que este hombre, que apenas me conoce, me ha escojido ¿por qué no me amaria Estéban? El sabe que, yo valgo más, que mi reputacion, y él me ama seguramente. Yo no me atrevia á creerlo antes, pero ahora todo lo puedo esperar, por que yo no soy tan fea, tan inepta y tan desagradable, como se ha querido decir, supuesto, que he agradado á ese jóven.

Con qué fervor rogué á Dios que le bendijera, ya que me rehabilitaba en mi propia

opinión, y que me daba la confianza, la seguridad, que nunca había tenido, y ya que me descubría, que yo valía algo, y que mi pobre persona no era tan despreciable.

Por la primera vez nació en mi deseo de agradar, y me adorné de una manera, que mi primito Luis calificó de extravagante. Pero ¿no era natural dar la razón á aquel jóven que había pedido mi mano, y probarles á todos, que ól tenía buen gusto?

Estaba contentísima de mí misma, lo confieso, y bajé al comedor. Al verme Luís, pareció como que se sobresaltaba, y me dijo:

—¿Eres tú? Yo no te reconocía. ¿Para qué tanto tul, tanta musolina y tantas cintas? ¿Se trala de una apuesta?

—Qué es eso?—preguntó mi tia, muy ocupada para pensar en mirarme.

—No es nada,—Mamá, es María que hace le rueda como un pavo real.

Estéban me miró y se sonrió. Esta sonrisa me llegó al corazón. Mi tia volvió también la cabeza, se encogió de hombros, y murmuró.—Decididamente ella es extravagante y caprichosa.

Para consolarme, mi abuelo me abrazó tiernamente y me dijo.—Veo que todo va bien. Esta elegancia y este rostro alegre son buenas señales. Tendremos pronto otra boda.

—Perfectamente—dijo mi tia—ella ha rehusado de una manera terminante.—

El rostro de mi tio se nubló.

—¿Ha rehusado? Y ¿por qué?—

—Nadie lo sabe—respondió mi tia—ni aun ella misma.—

—Pero, habrá manifestado sus motivos.
—Sería necesario, que los tuviese. No, ella no los tiene. Lo que quiere únicamente es contrariarnos.—

—Eso está mal hecho.—Dijo mi abuelo, queriendo espresarse con severidad.—Pero si tú quieres, Maria, que nosotros te permitamos seguir así tus caprichos, estás muy equivocada.

—Mi querido Papá, no es por capricho, por lo que he rehusado casarme con ese jóven.—

—Pues entónces ¿por qué?

—Yo os la diré bien pronto.—

—No al instante,—habla al momento—dijo mi tia—Tú miras á Esteban y su presencia no debe impedirte, que espliques los motivos que tienes para rehusar un enlace, que te honra. Si alguno tiene el derecho de conocer esos motivos es él seguramente.

—Sin embargo—Dijo Estéban—sería mejor esperar otra ocasion.

—Nada de eso, primo, no esperaremos. Con que así responde Maria ¿por qué no aceptas el honor, que ese jóven ha querido hacerte?

—Por qué me era imposible decirlo.—Nunca me hubiera atrevido á confesárselo á mi tia, ni aun en particular y bajo palabra de guardarme el secreto. Todo lo mas á que yo me hubiera atrevido, hubiera sido á hacer esta confesion á mi abuelo.

—¿Con que no hablas?—repitió mi tia.

Era necesario responder, alegar un pretesto: pero ¿cuál? Yo daba vueltas á mi ima-

ginacion, y no lo encontraba. Al fin tuve una idea, que me pareció excelente, y exclamé:

—No puedo casarme con ese jóven, porque es rico y yo soy pobre.

—¿No es mas que por eso?—repuso mi abuelo alegremente—Pues bien, vamos á estar todos acordes.

—Señor..... murmuró Estéban.

—Primo—dijo mi tia—dejad hablar á Papá—Es necesario, que esta niña lo sepa todo. No tenemos mas que ese medio para vencer su resistencia, y no comprendo, por qué quisiérais hacer un misterio de una cosa que os honra en gran manera.

—Mi querida niña—dijo mi abuelo—no eres tan pobre, como lo crees. Tú llevarás al que te pretende un buen dote.—

—¿Yó Papá?

—Sí, hija mia.

—Y ¿este jóven lo sabe?

—Sin duda.

Pues entonces, Papá, ese hombre me pretende por mi dote.

—A menos de que sea por tus bellos ojos—dijo Luis, riéndose.

Yo no sabía qué decir. Era una teja que me caia encima de pronto: mi amor propio padecia, y lágrimas de despecho corrieron por mis mejillas.

—¿Llorais señorita?—Me dijo Estéban sorprendido.

—Sí, respondí yo tratando de calmarme—¿estaba tan distante de esta sorpresa!

—Tú creias—me dijo Luis riéndose, que ese jóven te había escojido por tus buenas

cualidades y estabas engreida.

—María ha tenido siempre mucho amor propio—dijo mi tia.

Yo comenzaba á serenarme, y ruborizándome un poco de haber mostrado tanto desconsuelo, dije:

—Mi querida tia, permitidme que os dé gracias por esta nueva prueba de afecto.....

—No soy yo—me interrumpió mi tia—quien te dá el dote; aunque quisiera no podría hacerlo.

—No sois vos, querida tia—Pues entonces es...

Miré á mi abuelo, que movió la cabeza en sentido negativo.

—Es Estéban. ¿No lo adivinas?—continuó diciendo mi tia.

Yo crucé las manos, y sorprendida exclamé:

—De veras ¿es Estéban?

—El mismo, niña.

—Vos, señor,—dije á Estéban temblando—vos que queriais enviarme á un colegio el año pasado ¿sois ahora el que quiere alejarme de esta Quinta? ¿Qué mal os he hecho? ¿Por qué quereis alejarme de mi familia?

Todos me oían con sorpresa, y nadie trataba de interrumpirme. Hubo un momento de silencio; y despues mi tia indignada, exclamó:

—Dios mio! lo conozco, es para castigarme por lo que me habeis enviado esta niña! Pero ¡que terrible es el castigo! ¿Es posible que esta alma tan jóven tenga una ingratitud tan repugnante, y ni la sombra de un buen senti-

miento?

—No soy ingrata—contesté yo—ni lo he sido nunca.

—Basta señorita; haced el favor de retiraos; se os llevará la comida á vuestro cuarto.

Yo salí, sin que nadie pensara en detenerme. Estéban no se atrevió á decir una palabra siquiera en mi favor: bajó la cabeza, y parecía que estaba tan contrariado como sorprendido.

Así que me vi sola, experimenté un gran disgusto, y un profundo desaliento. Hacia muchos meses, que no tenia los arrebatos de cólera de otro tiempo: mi carácter se habia dulcificado, y esta vuelta á mis antiguas costumbres me parecia tan humillante como desastrosa. Pero lo que me causaba mas pena, lo que me partia el corazon, era el pensamiento de que Estéban habia querido casarme. ¡El me dotaba y se alegraba de poderme establecer ventajosamente! ¡Qué poco presumia él de lo que pasaba en mi interior! ¡Y cuánto me habia yo engañado! ¡Qué sueño de felicidad y qué despertar tan triste!

Después de comer vino mi abuelo á verme. Estaba muy sério: pero no me demostró la menor severidad.

Eres muy nerviosa—me dijo—y no desconfias de tus primeros movimientos. Tu tia está muy irritada contra tí, y hemos tenido mucho que trabajar para apaciguarla. En fin hemos convenido, que no se te hablara más de aquel jóven, puesto que te desagrada. En lo sucesivo tal vez tendrás nuevas ocasiones para establecerte ventajosamente; y en todo

caso tu independencia está asegurada, gracias á la generosidad del Sr. Estéban.

—Papá—le dije yo con amargura—os suplico, que no me habéis esta noche de la generosidad de Estéban.

—¿Por qué? Me causas una penosa sorpresa, mi pobre María. Razon tiene tu tia en decir, que tu cabeza es un cascabel; y mientras que esté en semejantes disposiciones, es inútil discutir contigo. Te dejo y espero que reflexionarás y te calmarás: y mientras que llega el caso de que puedas agradecer á Estéban el favor que te ha hecho, trataré de excusarte con él.

Seria muy lisonjero para mí, poder decir ahora que mi negativa habia fortificado al joven que me habia ofrecido su mano, pero la verdad es, que se consoló muy fácilmente, y que tres meses despues supimos, que se habia casado con una de las amigas de Irene.

VIII.

Una cuñada de Irene se casó al fin del verano, y mi prima que buscaba siempre pretextos, para atraer á su casa la gente elegante de la ciudad, donde residia, dió con esta ocasion un baile. Aunque hacia mucho calor, Irene estuvo tan acertada y dió tantos pasos, que logró atraer á su fiesta una multitud de personas.

Naturalmente todos fuimos á este baile, y mi tia que no tenia hija que presentar, se ocupó mucho de mi trage. Me regaló un bes-

tido de tul blanco, tan ligero y tan vaporoso, que podia compararse á una nube: pero por más elegante que fuera convenia mejor á una rubia, que á una morena de cabellera negra! Para corregir esta frialdad me puse un cinturón escocés, en que dominaba el color rojo, y adorné mi cabeza con flores en que sobresalia el mismo color.

Mi tia juzgó, que estos accesorios eran de mal gusto, diciendo:—María es todavía una aldeana, y necesita colores que salten á la vista, Se le dá un traje, elegantísimo, y ella le agrega todo lo que puede encontrar, que sea mas llamativo, y si hubiese un color mas vistoso que el rojo, sería ese color, el que ella prefiriera.

—No, Señora,—le dije yo—continuaría prefiriendo el rojo. Este color me gusta donde quiera que lo veo; ya sea entre los trigos, donde resaltan las amapolas, ya en las flores del granado, ya en las nubes encendidas del Poniente, cuando el sol va á ocultarse.

—Basta hija mia—tienes gustos muy vulgares, y todo está dicho.

Encontré en la reunion de mi prima jóvenes muy adornadas, muy alegres y muy pagadas de sus personitas. Yo no podia brillar entre ellas, y sin embargo fui invitada muchas veces á bailar, tanto que hasta muy tarde no pude conceder un rigodon á mi primo Luis, que queria indispensablemente bailar conmigo.

—María—me dijo él mientras bailabamos—¿sabes tu quien es la mas graciosa, la mas distinguida, la mas notable de todas las jóvenes,

que están aquí?

—No—¿y tú?

—Yo debo saberlo. Hace mas de dos horas, que estoy oyendo cantar en todos los tonos las alabanzas de esta amable jóven.

—¿No es la señorita de...?

—Ciertamente no es.

—Y ¿como sabes tú la que yo iba á nombrar.

—No hay que hablar; tú no puedes adivinarla; estoy seguro de ello. La persona, de quien se habla es una buena jóven, sencilla cándida, ingénua, que nada tiene de presumida. No es hermosa, y apenas se puede decir, que es linda; pero tiene una sonrisa tan encantadora, una cara tan graciosa y una mirada tan dulce... su tez es algo morena: pero ¿que dice la virgen de los cantares—Morena soy.

—Ah! ¿es morena? Entónces es.

—No: no es la señorita A, ni la señorita B. Si estas son agraciadas, de seguro no son sencillas; y además ellas no tienen ni tendrán jamás esa gracia tímida esa modestia, ese encanto, esa mirada cándida, que posee la jóven, de quien se hace el elogio en todos los grupos.

—Y ¿esa joven...?

—Es una hermosa alma, que no se conoce, ni sabe las escelentes cualidades, que posee. Es una graciosa jóven, que sencillamente se cree fea. Y esta ingenuidad; esta preciosa ignorancia le dan tal encanto, segun se dice, que ninguna puede compararsele. Tu comprenderás, que yo no califico, sino cuento lo que he oido.

—Y ¿tu no me harás conocer esa maravilla?

El se echó á reir, y dijo.—Sí, yo te la enseñaré.

Y como se acababa el rigodon me llevó al frente de un espejo, y dijo—Mírala.

Yo reprimí un gesto de cólera. De todas las bromas de Luis, esta me parecía la mas cruel. ¿Debia él burlarse así de mi fealdad y de mis defectos?

—María—me dijo por lo bajo mi tia—ten cuidado, por que todos tienen fijada en tí la vista.—Baja esos ojos negros, que parecen asustados, y cuya mirada, que se nota mucho, no me gusta. Se ocupan todos de ti, hija mia, y te juzgan mas favorablemente de lo que mereces. Gracias á Dios me veo recompensada, en fin, de los cuidados que he empleado en tu educacion.

Irene, que se acercaba apoyada en el brazo de Esteban me dijo con alguna ironia:

—Recibe mis cumplimientos hija. Esta noche estás triunfante.

—No te burles—le respondí yo algo picada.

—Es que yo hablo seriamente.—¿No es verdad primo, que María ha conseguido un triunfo esta noche?

—Me veo obligado á contestar afirmativamente, á riesgo de ofender la modestia de esta señorita—replicó Esteban sonriéndose.

—¿De veras?—esclamé yo sin reflexionar.

—Pues bien, se lo diremos á Marta.

Irene se encogió de hombros y se llevó á su primo.

—Habla lo menos posible—me dijo al oído mi tia—¡Dices unas cosas! ¿que importa á la señorita de Condat que te crean linda ó fea, graciosa ó torpe? Tienes ocurrencias, mi pobre Maria que no son oportunas.

Ocho dias despues de este baile, mi tia me avisó una noche, que fuera á su habitacion, por que tenía que hablarme. Fuí corriendo; la encontré sola, y tenía un aire tan sério, que principié á inquietarme. Ella me besó en la frente me hizo sentar á su lado y me habló de este modo:

—Mi querida hija, hace algunos meses, que has cambiado de caracter con mucha ventaja. No eres ya aquella niña mala, indocil y falta de razon, que me desesperaba, y creo, que ahora eres muy capaz de comprender lo que voy á decirte. Has de saber pobre María, que nos encontramos en una posicion deplorable: la ruina está llamando á nuestra puerta, y me veo obligada, á vender la fábrica, que despues de habernos costado tanto, iba á enriquecernos á todos.

—¿Es posible. tia, venderiais la fábrica? y ¿qué sería de nosotros?

—Dios lo sabe, hija mia.

—Y ¿no hay medio de evitar esta desgracia?

—Si hay uno, uno solo y... para hablar con franqueza; María, tú sola puedes salvarnos.

—Querida tia ¿que es lo que decis? ¿Como yo, una pobre huérfana, podría hacerlo? Ah! olvidaba yo la dote, que debo á la generosidad del Sr. Esteban, y tendria una satisfaccion, si me permitiérais ofrecerosla.

—No, no, hija mía, tu dote está depositada en poder de un Notario, y siendo tú menor de edad, no puedes disponer de ella. Por otra parte tu dote no sería suficiente para pagar el golpe, y ponernos en estado de realizar los inmensos beneficios, que naturalmente debíamos esperar, si pudiéramos atravesar el mal paso. Sería necesaria una suma considerable. Yo no puedo pedirla al marido de Irene, que mientras vivan sus padres, no puede disponer de cosa alguna: pero si debo dirigirme á tí, y decirte con confianza—María, no olvides lo que he hecho por tí, ven á socorrernos, y salva á tu familia de la ruina.

—Pero ¿de qué manera, querida tia?

—Voy y esplicártela, y á entrar en algunos pormenores. Has de saber ante todo, que el Sr. Presles es inmensamente rico.

—¿El? ¿con que nos engañó?

—No, porque aunque su tio Gaston no hizo testamento, y de consiguiente su hijo fué su único heredero, esto no impidió á Estéban enriquecerse. En el mismo día, en que él llegó á la Luisiana, le dió su tio una participacion en su giro, y durante diez y seis años dividió con él sus utilidades. En una palabra nuestro pariente posee un capital inmenso. Por qué no nos lo dijo desde el primer dia es lo que yo no me explico. Puede ser que pensase casarse con mi querida Irene y pretendiese ser amado por su persona y no por sus riquezas; pero habria debido comprender... En fin nuestra buena Irene está casada, (pero tú no lo estás, hija mía, mi segunda hija, y no veo por qué no te casarias con Estéban—

Ah estaba yo segura de que ibas á salir con tus exclamaciones!

—Pero tia, si yo no te he dicho una palabra.

—Porque yo he interrumpido: pero ¿crees que yo no observo tus aires de víctima, tu palidez, y el temblar subito de tu voz? Por otra parte, yo sabia de antemano, que este casamiento te desagradaría.

—¿A mí? Oh! no, querida tia. No creais eso; pero...

—Pero, hija mia, piensa que nuestra suerte está en tus manos. ¿No me comprendes? Si Estéban se casa con una estraña, abandonará la fabrica, y se llevará su capital. Si al contrario se casa contigo, y viene á ser así mi hijo...

—Pero, mi querida tia ¿por qué hacer tal suposicion? Estéban no puede pensar en casarse conmigo: siempre me ha considerado como una niña.

—Sí; él te considera muy jóven, ó mas bien, él teme no serlo ya bastante. Pero yo le he hecho observar, que tú no tienes ni el aturdimiento, ni los gustos frívolos propios de tu edad, y ha concluido por consentir... es decir; me ha encargado positivamente transmitirte su pretension. ¿Que es eso? ¿Mueves la cabeza? ¿No me crees?

—Tia, yo os creo siempre: pero esto es tan estraño!

—¿Estraño? ¿por qué? Mi pariente te conoce bien, te estima, y sabe que tú eres una mujer juiciosa. Natural es, por tanto que él consienta... quiero decir, que él desee casar-

se contigo. Tú le convienes perfectamente, y él por su parte... en fin es un casamiento proporcionado. ¿Qué objecion podrías hacerme en vista de esto? ¿Que tú no tienes fortuna? Pero tú sabes, que Estéban tiene un carácter escepcioaal, y de todos los bienes de este mundo, la riqueza es la que menos importa para él.

—Tia—murmuré yo—me parece que Estéban tenia por Marta tanto afecto como estimacion ¿creeis, que no haya pensado en pedir su mano?

—La ha pedido, y se le ha negado, bija mia, y acaba de convenir conmigo, en que los Condat están rodeados de tantos secretos y misterios, que no es fácil, que un hombre de honor pueda unirse á ellos. Pero esto no debe inquietarte. Estéban no piensa ya en Marta te ama, y te hará feliz. Pero no te diremas esta noche. Reflexiona, atiende á lo que te diga tu buen corazon, y todo estará bien.

Calló, me abrió los brazos y me estrechó contra su pecho. Yo salí deshecha en lágrimas, y corrí á refugiarme en mi habitacion. Esperimentaba un deseo ardiente de recogerme y de meditar sobre lo que habia oido.

Me senté en una ventana para respirar el aire fresco de la noche: pero en lugar de la brisa fresca y ligera que esperaba, sentia bocanadas de viento caliente. En el horizonte brillaban de tiempo en tiempo algunos relámpagos, y la tierra seca formaba remolinos de polvo, que me oscurecian los ojos y me sofocaban.

Yo estaba inquieta y tenia el alma agitada.

En vez de la calma y de la frescura, que yo buscaba, aquella noche de tempestad me causaba una aprehension dolorosa. A mi pesar experimentaba una fatiga interior, y me decia:

—¿Por qué no soy dichosa? Yo deberia serlo enteramente: pero yo no he nacido para la dicha, y esto es tan cierto, como que hoy mi corazon no siente mas que tristeza é inquietud.

—Despues para calmarme, yo agregaba— Pero no estoy triste: es la tempestad la que irrita mis nervios y me hace sufrir... en seguida. la sorpresa, la duda... Hay cosas, á las cuales no puede una acostumbrarse de pronto, y esta felicidad, que se me presenta de improviso me turba un poco. Cuando me habitue á ella; cuando tenga la conviccion de que me corresponde justamente, entonces no la temeré. Por ahora todo lo que puedo hacer es dar gracias á la Divina Providencia.

Apoyada la frente en mis manos quise orar: pero mis angustias se doblaron, y sentí en mi interior una especie de remordimiento vago, pero tenáz. Asustada y sorprendida, procuré hacer callar esta voz de mi conciencia, pero me fué imposible, y cada vez que queria pronunciar el nombre de Estéban, mi conciencia murmuraba el de Marta.

¿Marta? ¿Por qué? ¿qué perjuicio podria yo hacerle, casándome con Estéban? Ella no le ama, antes bien le tiene aversion, y no me lo ha ocultado.

—Ella te ha dicho solamente, que hay sentimientos, que no dependen de la voluntad— me respondia esta voz, que salia de mi cora-

zon—Pero ¿cuáles son esos sentimientos á que Marta aludia? ¿Por qué huye de Estéban? Si no quiere oír pronunciar su nombre ¿es porque le tiene aversion?

—Lo ignoro y no quiero saberlo—esclamaba yo—Por otra parte ¿qué me importa? Marta ha rehusado casarse con él.

—Verdad es; pero ¿por qué lo ha rehusado?

—Por que ella ha tomado la resolucion de no casarse.

—No: lo que ella ha rehusado es la dote, que le ofrecia el Sr. Tressol, por no dejar á su padre, que está enfermo y cuya inteligencia es tan débil. Si Estéban supiese, que Marta no tiene mas motivos, que ese, para rehusarle su mano, él se apresuraría á reiterar su solicitud. A él le importa poco lo que pudiera darle á Marta el Baron. Por lo que hace al Sr. de Condat, gozaria en casa de su yerno de todas las comodidades y de todas las atenciones posibles; y por loco, que estuviera jamás querria Estéban separarlo de su hija.

—Todo esto puede ser verdad, pero mi pobre tia se verá arruinada, si yo no me caso con Estéban.

—Mal subterfugio. Que Estéban se case con Marta ó con Maria, tendrá el mismo afecto y las mismas consideraciones á la familia.

—En fin ¿no soy yo la que él ha escogido hoy libre y voluntariamente?

—Pero, si el lo ha hecho así, es porque ha perdido la esperanza de casarse con Marta; y talvez será tambien porque mi tia le ha

rogado y suplicado, dándole á entender, que la pobre María tiene hácia su bienhechor un gran afecto.

—Pero estos argumentos son capciosos y miserables—esclamé yo resueltamente—Estéban ha pedido mi mano, y yo ni quiero ni puedo negarsela. Despues de haber sufrido tanto, seria ya una loca en rechazar la felicidad, que viene á buscarme. Dejadme, recuerdos importunos; no quiero pensar mas que en las alegrías, que me presenta el porvenir.

Entonces me recogí de nuevo, y procuré representarme mi existencia despues de casada. Me trasladé en pensamiento á la casa de Esteban; me ví en medio de una brillante sociedad, rodeada de todos los placeres, que procura una gran fortuna, y colocándome entre los seres privilegiados de este mundo.

Quando me causé en contemplar este cuadro fantástico, mi corazon, que no habia experimentado mas que una satisfaccion orgullosa, se comprimió dolorosamente, y comprendí bien, que todo esto que habia imaginado no me daria la felicidad. Entonces pensé en los paises, que yo visitaria con Estéban; en las maravillas del arte, que admiraríamos juntos; en el pequeño reino de mi casa, que yo gobernaria con dulzura y prudencia; en los pobres, que Estéban socorria, en las lágrimas, que podríamos enjugar; en los sufrimientos, que tendríamos el gusto de mitigar, y en los consuelos, que podríamos distribuir... Me enternecí, sentí una emocion deliciosa: pero la voz de mi conciencia volvió á elevarse, para decirme que enmedio de es-

tas alegrías puras y santas nunca sería perfectamente dichosa.

—¡Dios mio; Dios mio! exclamé—si la dicha completa y perfecta no existe ¿de dónde nos ha venido su idea? ¿Es un recuerdo, una vision, una promesa, ó solamente un sueño, una ficcion, una mentira? ¿Por qué hemos de buscar continuamente lo que no hemos de encontrar? ¿Por qué ha de ser nuestro corazon tan grande que nada puede llenarlo?

En este momento un relámpago rompió las nubes, y vi resplandecer á su luz la cruz colocada sobre la capilla de la Quinta.

—Ah! dije para mí; hé aquí la felicidad completa y perfecta; la que llena todo el corazon; la alegria en el sacrificio; la felicidad en el sufrimiento; la dicha, que basta por sí solas. Pues esa será la mia. Dispersaos, quimeras engañosas; fantasmas alegres, que no sois la felicidad, sino su sombra. Yo he hecho mi eleccion, ó mas bien como Jacob, he luchado con el ángel y el ángel me ha vencido.

IX.

Marta y Estéban hace un año que están casados. Con una gran abnegacion y una delicadeza esquisita ha sabido María destruir los obstáculos que se elevan entre estos dos seres tan buenos, y que se amaban desde el dia, en que se habian encontrado. Estéban sigue siendo el socio de la Sra. Denevre, y la fábrica comienza á producir ámplios beneficios.

Maria acaba de tomar el velo de las novicias en el Convento de... y disfruta en fin de la dicha completa, que habia imaginado: pero ¡cosa extraña! El Sr. Condát, aquel pobre maniaco, es el único, que ha podido y sabido leer en el corazon de la jóven. Le ha enviado para adornar su celda un cuadro, que representa al Divino Salvador en casa de su amigo Lázaro entre Marta y María. La primera se apresura á recibir y á festejar al huésped divina, mientras que la segunda; inmóvil y muda, oye y recoge en su corazon las palabras, que salen de la boca de Jesús. En una esquina del cuadro el padre de Marta ha escrito—«Maria ha escogido la mejor parte, que no le será quitada.»

MIGUEL AUBRAY.